
El VENGADOR
3 PTAS.
JURAMENTO CUMPLIDO
POR
FIDEL PRADO



Núm. 1

JURAMENTO CUMPLIDO

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cies – Vigo

PRIMERA EDICIÓN 1945

Impreso en España *Printed in Spain*



CAPITULO I

SOL KING HACE UN JURAMENTO



EN un hermoso valle entre las divisorias de Nevada y Arizona se halla Pine Walley, pequeño y pintoresco pueblo de Utah.

El valle está circundado a la derecha por el río Santa Clara y a la izquierda por el Ash, formando entre ambos un cerrado círculo, que solamente se abre al Norte con salida al Valle Escalante, próximo a la línea del ferrocarril.

Los citados ríos van a confluir en el Virgin, que, en un gracioso recodo, se adentra en Utah desde Arizona, para volver a esta región e internarse en Nevada, dejando encerrado en una barrera fluvial los abruptos montes Walley, ingente cordillera recta y prolongada que avanza audazmente hacia el Norte, para morir enlazando con otro ingente monumento granítico llamado Monte Irom.

Dentro de ese círculo se asienta Pine, protegido de los vientos

del Este por la cordillera, y a todo lo largo del glorioso valle se asientan un buen número de ranchos prósperos y florecientes, que constituyen la mayor riqueza de este bonito rincón del país de los mormones. Pine, en la época en que empieza nuestra historia, contaría con un censo de unos dos mil habitantes, incluyendo en él todos los peones de los distintos ranchos alejados entre sí por un buen puñado de millas, pero adscritos al poblado con todos sus derechos ciudadanos de voz y voto.

La línea del ferrocarril que cruza hacia Nevada cincuenta millas más arriba, favorecía mucho al pequeño pueblo ganadero, pues las reses podían ser embarcadas cómodamente para surtir bien a la Ciudad del Lago Salado, al Norte, bien para internar en el estado fronterizo los rebaños, con destino a Las Vegas o Carson City, sin más trabas que dejarlos encerrados en los vagones ganaderos en Uvada o Módena, estaciones las más cercanas en la vía férrea.

Pine Walley había sido siempre un pueblo tranquilo, libre, al parecer, de la codicia y el egoísmo de los abigeos; pero un día, casi un año atrás, el robo en grande escala de reses había empezado a florecer de manera alarmante, y la paz y tranquilidad que gozaban los rancheros habíase roto ante el temor de verse abocados a una ruina inminente por virtud de aquellas desapariciones, cuyos orígenes no pudieron ser descubiertos.

Una tarde de principio de otoño, el pequeño y pintoresco pueblo mormón hallábase reunido casi en su totalidad frente a un blanco y pequeño edificio que se alzaba en el esquinazo de un callejón con vuelta a la mayor plaza del poblado. En este edificio, un cartel sencillo, pintado con letras grandes y negras, advertía que estaba destinado a oficinas del *sheriff*, y la gente que se había reunido frente a él no mostraba poseer una alegría inusitada, sino todo lo contrario.

Había sobrada razón para ello. Al alborear la mañana de aquel día, unos peones del rancho «H Doble», al descender al valle desde las estribaciones de la cordillera que unía los dos montes, habían encontrado suelto por las cortadas a «Stiff», el conocidísimo caballo de George King, el *sheriff*, y extrañados por este singular hallazgo, verificaron una búsqueda minuciosa por los alrededores, que dio por resultado el descubrimiento del cadáver de King, tumbado de bruces en el fondo de una estrecha barranca. Extraído el cuerpo, no sin trabajo, se comprobó que el infeliz *sheriff* había muerto de dos tiros: uno en la espalda y otro en la nuca, y que después había sido arrojado a la barranca, sin duda para borrar los rastros del crimen o para retrasar el descubrimiento del cadáver y conseguir que los asesinos se pusieran a salvo.

Los peones trasladaron el cuerpo del muerto a Pine,

apresurándose a dar cuenta del hallazgo al juez. Este, Jin Crow, todo condolido, pues era íntimo amigo del muerto, se hizo cargo del cadáver, depositándole en las oficinas, y desde ellas se trasladó al rancho «Tres Estrellas», para dar cuenta de la fatal nueva a Sol King, único hijo del finado.

Sol era un muchachote alto, fuerte, endurecido por el rudo trabajo de los pastos. Sus diecinueve años, desarrollados al cierzo y al sol, habían curtido sus carnes y su espíritu, haciendo de él prematuramente un hombre hecho y derecho; el cual, no sólo por su apego al trabajo, sino por sus virtudes, mucho más tasables que por sus menudos vicios, era muy querido entre sus compañeros y en particular por su patrón, el viejo Sandy.

Cuando Sol recibió la noticia de la alevosa muerte del autor de sus días, rechinó los dientes de una manera que causó escalofríos en la médula del juez, y afirmó sordamente:

—Me estaba temiendo que éste sería el final, señor Crow. Se lo advertí a él cuando me enteré de las gestiones secretas que estaba llevando a cabo para descubrir una pista que le condujese hasta los abigeos, pero se rio mucho de mis temores. Confiaba demasiado en su revólver y la ligereza de su mano, así como en su fama bien probada de hombre temerario.

Me dijo que los abigeos eran tan cobardes que solamente se atrevían a robar el ganado impunemente, pero que carecían de agallas para enfrentarse con un hombre como él, y rechazó mi ofrecimiento de ayudarle y acompañarle en sus excursiones nocturnas. Usted sabe lo testarudo que era para sus cosas, y ahora el tiempo me ha dado la razón cuando ya no tiene remedio.

El juez no pudo hacer más que condolerse de aquel final, que le privaba de uno de sus mejores amigos y al pueblo de un honrado y bravo *sheriff*, y encargarse de organizar el entierro, para más tarde estudiar la forma de hacer indagaciones que aclarasen, si era posible, el crimen.

Sol, sin verter una lágrima, pero con un velo sombrío en el rostro, que denunciaba su estado de ánimo, veló el cadáver de su padre hasta que todo estuvo organizado para el sepelio, y así, aquella tarde, próximo al anochecer, bajo un cielo plomizo que parecía haberse vestido de grises crespones para llorar en lluvia la muerte del valiente King, la plaza del poblado hallábase atestada de colonos, granjeros y peones, que habían abandonado el trabajo para asistir al entierro y rendir el último tributo a quien había velado por la seguridad y el orden de Pine durante muchos años, y acababa de ofrendar su vida por seguir salvaguardando sus intereses.

A hombros de cuatro compañeros de King salió el cadáver de las oficinas, luciendo sobre la tapa de la caja la estrella de plata por la

que sacrificara su vida, y en lenta y atribulada comitiva se dirigieron al cementerio, situado a una milla en las afueras del poblado, en un rincón del valle, cara a los montes.

La ciudad de los muertos de Pine era un rectángulo de unos cincuenta metros en cuadro, circundado por una blanca empalizada de adobe, por la que sobresalían erectos y uniformes una docena de cipreses, como símbolo del lugar de eterno reposo. Se entraba por una pequeña puerta con verja sencilla de hierro y, a derecha e izquierda, se alzaban casi a flor de tierra las lápidas conmemorativas de los que habían rendido tributo a la muerte y reposaban en silencio cara al sol y al viento en aquel apacible lugar.

Sol, tras el cadáver de su padre, iba leyendo distraídamente los breves epitafios pintados toscamente sobre las losas de burda piedra. Allí reposaba Philip Pusak, compañero suyo de rancho, que murió en un accidente durante un rodeo; más allá estaba la tumba de Freddy Biggy, muerto en una riña tabernaria con un tahúr, al que acusó de hacer trampas y el que replicó a tiros, huyendo a los montes, donde su padre le pudo capturar después de un peligroso tiroteo, que estuvo a punto de acabar prematuramente con la vida del *sheriff*, y allí, junto a la losa ahora abierta para recibir los valientes despojos, estaba otra, casi borrada por la acción del tiempo: la de Magde Field, su madre, llevada al seno del Señor hacia tantos años que a Sol le costaba trabajo recordarla.

El muchacho examinaba distraídamente aquellas tumbas, como si se hallase abismado en un sueño muy lejano de la realidad que allí le había llevado, y fue preciso que la comitiva se detuviese y que el féretro pasase ante sus buidos ojos para que volviese al momento actual de su vida y se diese cuenta exacta de la catástrofe espiritual que acababa de conmover los más hondos cimientos de su existencia.

Con los ojos chispeantes de resolución, se irguió paseando la mirada en derredor.

De un solo golpe de vista abarcó el núcleo de asistentes. En derredor de él se hallaban reunidos todos los elementos más destacados del pueblo, sin excepción sospechosa. Su patrón, Sandy, con su cara rojiza, su bigote canoso tapándole el labio inferior y su abultada barriga; Jess Lynck, uno de los ganaderos más adinerados de la región, hombre duro de mirar, enjuto de carnes, canoso de cabello, siempre vestido de manera detonante y llamativa, luciendo el brillo de las culatas de sus *Colts*, y Lee Climpson, también prestigioso ganadero, hombre que siempre poseía una sonrisa enigmática en los labios y que hablaba parco y brusco, como si las palabras le costasen dinero.

El cuerpo fue depositado en la fosa, y el pastor, un hombrecillo

bajito, menudo, de voz atiplada, pero aguda, tomó la Biblia y, después de leer un responso laudatorio mientras los presentes le escuchaban con las cabezas destocadas, aguantando el azote de una menuda pero persistente lluvia que empezaba a caer, terminó su responso diciendo:

—George King, yo te bendigo en el nombre del Señor por tu valentía y sacrificio en bien de la comunidad, y elevo mis preces al cielo para que seas admitido en él con los honores que tu honradez y lealtad merecen. Amén.

Alguien en quien Sol no habla reparado, una joven morena y espigada, linda de rostro y suave de líneas, la hija de Lee Climpson, se adelantó, depositando un ramo de siempre vivas sobre el ataúd, y cuando el sepulturero se disponía a arrojar la primer paletada de tierra, Sol, adelantándose, le contuvo con un gesto autoritario, al tiempo que con voz dura e hiriente casi gritó:

—¡Padre mío!... Por tus despojos que tengo ante la vista por última vez en la vida terrenal, por los que reposan en esa tumba inmediata, que es la de mi madre, con la que te vas reunir en la otra vida, por todo cuanto de bueno o malo pueda sucederme en el mundo, yo te juro que tu muerte será vengada. Yo, tu hijo, consagraré mi cuerpo, mi voluntad y mi fuerza a descubrir al innoble asesino que te suprimió cobardemente, y si se hallase presente aquí o el eco de mi voz puede llegar hasta él algún día, que tiemble como nadie pudo temblar, porque mi venganza será horrible. Lo juro, y lo cumpliré, o me iré a reunir pronto con vosotros si la suerte me es adversa y se pone al lado del infame que disparó su revólver contra ti.

Tomó un puñado de tierra, la besó, la dejó caer sobre la tapa del ataúd, y recogiendo la estrella de *sheriff* que brillaba en el sarcófago la guardó en su pecho, retirándose para dejar paso al sepulturero.

El agua caía con insistencia, calando a los asistentes; pero nadie se movió hasta que la gran losa, con el nombre y la fecha conmemorativa, tapó el hueco. Entonces empezó el lento y grave desfile por la senda terrosa que, al recibir el agua, se había convertido en un conato de arroyo.

Jess Lynck, el hacendado omnipotente, se acercó a Sol y, enlazándole por el brazo, dijo:

—Lo siento, muchacho... Esa muerte ha sido una pena para ti y para todos; pero si quieres escuchar la voz de la experiencia, hazme caso y desiste de ese juramento. Es muy noble y muy humano, pero puede llevarte al mismo lugar donde ahora reposa tu padre. Tú no te has dado cuenta de que quien ha cometido ese crimen, como todo lo tiene perdido, nada le importa hundirse más en el fango si el premio va a ser el mismo. Mientras sólo exista el robo, por él se

sale de la cárcel; cuando media el crimen, no hay más salida que la corbata de cáñamo y la rama del árbol. Esto hará que si la suerte te acompaña y localizas la más leve pista, tu vida esté pendiente de la bala de un revólver disparada de igual manera que las que han suprimido a tu padre. Tú eres joven, tienes mucha vida por delante, no sabes lo que el porvenir te tiene reservado, y a tu padre no puedes ya devolverle al mundo. Deja que quien tenga obligación de ello busque a los criminales y resígnate con la fatalidad, hasta que el tiempo cicatrice tu herida. Yo te aprecio en lo que vales, me da pena pensar que sufras el mismo trágico fracaso y mi deber es aconsejarte que desistas, o al menos que lo pienses en frío... He sentido esto doblemente, porque hace unos días quería haber hablado contigo sobre un asunto que te interesa. Yo llevaba algún tiempo muy disgustado con Lany Mackay, mi capataz, hasta el extremo que he tenido que despedirle, y al pensar en quién podría ser su sustituto, me acordé de ti, debido a las referencias que tengo de tus virtudes y de tu cumplimiento en el trabajo. Si crees que debes seguir mi consejo, yo no tengo mucha prisa, y te reservo el puesto hasta que decidas.



¡Padre mío!... Por los despojos que tengo ante mi vista, te juro que tu muerte será vengada...

Sol, que le escuchaba distraído, replicó:

—Muchas gracias, señor Jess; aprecio en lo que vale el ofrecimiento, pero nada en el mundo logrará apartarme del juramento que acabo de hacer. Si tengo suerte y descubro pronto al asesino o asesinos, quizá podamos hablar de semejante proposición.

Hoy no.

El ranchero se encogió de hombros con un movimiento de fatalista resignación, y añadió:

—Te repito que lo siento. Hemos perdido un gran hombre y me produciría una gran pena saber que su hijo puede seguir el mismo camino en una empresa arriesgada y estéril. La experiencia es una gran ayuda y tú careces de ella.

—Es cierto, pero el valor sirve para mucho, y ése lo heredé de mi padre. Adquiriré la experiencia curtiéndome en los montes y las cortadas, y si Dios tiene dispuesto que caiga como cayó mi padre, aceptaremos sus designios.

Fuera del cementerio, los asistentes fueron pasando delante de Sol, estrechando su mano con efusión y dándole el pésame sinceramente. Nadie hizo comentario alguno a su juramento y todos se limitaron a expresar su sentimiento leal.

Slim fue el único que al estrechar la mano del muchacho afirmó:

—Creo que haces bien en no cejar hasta descubrir a los asesinos de George… Si yo estuviese en tu pellejo, me animaría el mismo pensamiento.

—Gracias, señor Slim; su opinión es para mí un acicate.

—Y si en algo puedo serte útil, acude a mí, muchacho. No sé qué poseería tu padre; pero si te ves en algún apuro…

—Gracias otra vez; pero no necesito nada. Tenía algunos ahorros, y yo también poseo los míos. Con ellos espero tener los suficientes para mi empresa.

Magde desfiló también por delante del joven, cumpliendo su deber doloroso. Su blanca y menuda mano se posó con emoción en la del joven, diciendo temblona:

—Usted sabe que siento su desgracia, Sol. Su padre me salvó una vez de morir lanzada por mi caballo al fondo de un barranco, y no agradeceré nunca su acción valerosa.

—Muchas gracias, señorita Magde —afirmó Sol con cierta turbación, pues era un muchacho apocado, a quien las hijas de los rancheros ricos causaban respeto—. Aquello no tuvo importancia alguna. Era muy propio de él, como lo hubiese sido de cualquier otro hombre del Oeste. Le doy las gracias por su pésame y aún más por su acto delicado de ofrendarle aquellas flores… Es algo muy sutil, propio solamente de una muchacha tan linda y tan buena como usted.

Ella se ruborizó hasta el blanco de los ojos al oír el llano y sincero elogio, y se retiró estrechando de nuevo su mano.

Desfiló el resto de la comitiva, cuando ya la noche tendía tu negro y melancólico manto envuelta en agua. Sandy, el patrón de Sol, le tomó por un brazo, diciendo:

—Bien, Sol. Ya todo ha concluido… La vida es efímera, y dura un segundo comparada con la eternidad del tiempo. Tu padre duerme tranquilo ahora, y tú, en cambio, ruges como un huracán por él y por ti. Vamos al rancho. Allí descansarás esta noche, y mañana Dios dirá.

Sol movió la cabeza negativamente y contestó:

—Lo siento, señor Sandy; pero desde este momento sólo vivo para mi venganza. Iré al rancho con usted a recoger mis efectos y a proveerme de algunas cosas que necesito y luego marcharé a buscar la pista de esos criminales.

Sandy le retuvo por el brazo, afirmando:

—Serénate y no digas niñerías. Ya nada puedes encontrar allí. Te olvidas que el agua ha sido un gran aliado de los asesinos, y que si pudo quedar alguna huella de su paso, la lluvia tiene que haberlas borrado. Descansa, serénate, y mañana, con sol o con lluvia, como se presente, podrás ir más sereno y con más posibilidades de hacer un recorrido por las estribaciones de la cordillera y descubrir algo, si es que es factible. Hazme caso y sigue mi consejo.

Sol se dejó conducir mansamente. Comprendía que el ranchero tenía razón. Su esperanza de descubrir alguna huella por los alrededores del barranco debía desecharla, pues la lluvia se había convertido momentáneamente en un aliado de los asesinos.

Sol no durmió aquella noche, no podía dormir teniendo grabado en la retina el cadáver de su padre: hermético, rígido, con una mueca en el rostro, que ahora quería recordar como un reflejo de la verdad ignota que él sólo conocía y se había llevado al otro mundo.

¿Qué mueca era aquélla? No podía definirla, se escapaba a su falta de serenidad; era una mueca extraña, en la que la boca se había contraído en un rictus de amargura y los ojos parecían reflejar el asombro.

Sol, obsesionado con este detalle, pasó la noche con los ojos cerrados, evocando el contraído rostro de su padre, y cuanto más recordaba aquella mueca y aquella mirada, más se afirmaba en la idea de que no era dolor, ni rabia, ni ningún otro sentimiento, sino sorpresa, asombro, incredulidad…

Cuando se levantó, algo nuevo había germinado en su cerebro. Una voz interior le decía que su padre, antes de morir había reconocido a sus matadores, y que el reconocimiento, por lo inesperado, por lo increíble, había dejado marcada aquella sonrisa y aquella mirada, que en su día podían ser una pista para él y una acusación para los asesinos.

CAPITULO II

EL PRIMER AVISO



L rancho de Sandy hallábase situado en la llanura, en un lugar muy pintoresco, próximo a un claro arroyo, que cortaba los pastos en su mitad.

Era una posesión de unos cuarenta acres de pastos, vallados con alambre de espino para evitar no sólo la huida del ganado, sino también la fácil intromisión en los pastos de los abigeos.

El rancho, grande, espacioso, de dos pisos, el superior sobresaliendo del resto de la construcción con una galería volada, en la que las enredaderas y las madreselvas ponían su nota lujuriosa de verde tonalidad abrazándose a los soportes, estaba construido con madera verde de abeto, y el sol y los vientos habían batido la madera hasta prestarla un tono amarillo grisáceo, que resaltaba sobre el tono esmeralda de los pastos.

Sandy poseía más de tres mil cabezas de ganado y un equipo de *cowboys* muy eficiente, en el que Sol era un elemento muy destacado y querido.

Muy de mañana el huérfano tenía ya preparado su caballo y su hato para lanzarse al monte. Estaba poseído de que los asesinos tenían que refugiarse en las fragosidades de la cordillera entre los montes Walley e Iron, y confiaba en descubrirlos más tarde o más temprano.

Sandy, lamentando doblemente la muerte del *sheriff*, no sólo por lo que éste significaba en el poblado, sino por perder un peón tan bueno como Sol, dio a éste infinidad de consejos para que estuviese alerta ante posibles ataques y le ofreció cuanto necesitase hasta que diese fin a su peligrosa tarea.

—Ya sabes—dijo—que ésta es tu casa... Si triunfas, tu puesto en ella estará siempre a tu disposición, y si algo necesitas, pídelo sin rubor, que lo tendrás.

—Muchas gracias—dijo Sol—; creo que de momento estoy surtido. Espero localizar a los asesinos antes de agotar mis

recursos...

—Bien, no te digo más que una cosa: si averiguas algo, no cometas locuras y ven a verme. El equipo está a tu disposición para batir a esos malvados. No te lances solo a una aventura que puede costarte también la vida. Tú sabes que no sólo yo, sino todos los rancheros del valle secundaremos gustosos tus planes.

—Lo sé, señor Sandy. He recibido ofrecimientos valiosos... Por cierto que anoche Jess Lynch me ofreció el cargo de capataz en su rancho. Dice que ha tenido que despedir a Lany Mackay y que había pensado en mí para sustituirle. Claro es que lo he rechazado...

Sandy quedó un momento perplejo y repuso:

—No era trigo limpio ese Lany, me parece a mí... Demasiado bravucón y demasiado despilfarrador para un *cowboy*, aunque sea capataz. En cuanto al cargo, si te seduce, no dudes en aceptarlo. Yo no puedo ofrecerte el mismo puesto en mi equipo, porque Warren lleva quince años en él y no tiene pero que oponérsele...

—Lo sé... No me tienta la ambición, señor Sandy. Estoy aquí muy a gusto, y si triunfo... volveré a ocupar mi puesto.

Estrechó la mano del ranchero y, saliendo fuera de la cerca, se enfrentó con la llanura.

La mañana estaba aún fría. El otoño se dejaba sentir y un aire cortante, que se filtraba a través de las mellas de la sierra, batía el valle, mientras la alfombra de la escarcha, aún no derretida por el sol, brillaba como una dilatada esmeralda.

No llovía; pero por el cielo rodaban rebaños de nubes algodonadas que se iban densificando sobre los montes, tomando un color plomizo.

Sol respiró con alivio el aire flagelante de la mañana y tendió la vista en derredor. Los ranchos diseminados por la llanura cortaban ésta con sus graciosas construcciones de madera de abeto, y en las faldas de la sierra cercana también se destacaban las líneas de las empalizadas, encerrando ranchos y ganado.

Cuando avanzaba hacia la cordillera, preocupado con aquel gesto ambiguo que captara en el contraído rostro de su padre, la mancha móvil de un caballo que avanzaba en sentido contrario distrajo su atención y, al fijar su aguda mirada en el jinete, reconoció en él al ranchero Jess Lynch.

Jess también le había reconocido y, avivando el paso de su cabalgadura, salió a su encuentro:

—Buenos días, Sol—dijo—. ¿Cómo ha descansado?

—Mal, señor Lynch. ¿Podía descansar bien después de tanta emoción sufrida?

—Lo comprendo, muchacho. Por lo que veo, no has cambiado de decisión.

—No, no, señor... Al contrario; tengo más ánimos y más fe que nunca en el éxito.

El ranchero sonrió compasivo, afirmando:

—Eres muy joven y muy optimista. Tu padre era más viejo y más aplomado y nunca se sintió tan esperanzado. Temo que fracases lastimosamente.

—No importa. No se puede dejar de sembrar trigo porque existan pájaros... Quizá tenga más suerte que él.

—Te la deseo de todo corazón. ¿Hacia dónde te encaminas?

—Realmente no he trazado aún plan alguno. Tengo que orientarme.

—Claro es, lo lógico si no hubiese llovido, era verificar un registro a fondo en los alrededores del lugar del crimen... Podían haber dejado alguna huella...

—Eso pensé; pero... En fin, de todas formas, es el lugar más indicado para investigar. Después... ya veremos.

—Bien; yo voy a entrevistarme con Crow, el juez, y con Lee Climpson. La muerte de tu padre plantea el nombramiento de un nuevo *sheriff* y vamos a ver si nos ponemos de acuerdo sobre la persona a elegir. Los momentos son difíciles y hay que poseer mucho tacto respecto al sustituto.

—Es cierto. Me alegraré que recaiga en persona enérgica y de experiencia. Acaso sea una buena ayuda para mí y yo para él.

—Procuraremos que así sea. Adiós, muchacho. Que tengas mucha suerte, y no te confíes mucho. Me dice el corazón que vas a enfrentarte con enemigos muy peligrosos.

—Yo no soy una torta de maíz recién amasada, señor Lynch. El que se enfrente conmigo tendrá un hueso duro que roer.

Se despidió con un amable gesto y continuó su camino con dirección a la falda de la montaña, a menos de dos millas de distancia.

Sol conocía bien aquella parte de la región. Entre las cortadas existían pastos de invierno en los que había trabajado muchas veces y no caminaría a ciegas para meterse imprudentemente en alguna trampa.

Según iba alcanzando las estribaciones de la montaña, iba repasando el paisaje que se ofrecía a sus ojos.

A la derecha, en la meseta de un amplísimo escalón natural que formaba el terreno, se asentaba el rancho de Jess Lynch. Bella construcción con amplios corrales, almacenes para el forraje de invierno, dos amplios cobertizos para el equipo y una linda huerta que embellecía la espalda del rancho, entre éste y el farallón que le resguardaba de los vientos del Este.

Formando rampas y cortadas se extendían los pastos, donde

multitud de reses engordaban plácidamente, y, al final, un seto de espino artificial cortaba el pasto para separarle del vecino, perteneciente a Lee Climpton.

El rancho de éste se escondía tras una depresión del terreno, pero sus pastos colindaban con los de Lynck, coincidencia que en tiempos fue origen de rencillas entre ambos rancheros, porque según aseguraban, sus reses se pasaban al campo contrario, desapareciendo misteriosamente.

El seto artificial fue levantado por Lynck, y desde entonces pareció cesar un tanto las discusiones sobre ganado, aunque nadie pudo evitar que faltasen reses en uno y otro rancho, cosa inevitable y con la que todo ganadero debía contar siempre.

Sol recordaba las épocas de lucha entre ambos ganaderos y la tensión que esto provocó entre los dos equipos. Ahora las cosas habíanse suavizado mucho, sobre todo desde que los abigeos habían hecho su aparición, diezmando los hatajos de ambos rivales; pero entre éstos sólo existía una cortesía poco calurosa, no sólo a causa de las dormidas rencillas, sino también a la rivalidad política que les separaba.

La posición de tan prestigiosos rancheros pesaba mucho en Pine. Los dos habían hecho favores a los colonos bajo diferentes aspectos, y cuando hubo necesidad de nombrar juez, alcalde, *sheriff* o cubrir otro cargo oficial en el poblado, se disputaban la fuerza de los votos para favorecer a determinados elementos, o para imponer criterios que podían ser útiles a sus intereses.

La última lucha política la sostuvieron cuando Crow fue nombrado juez. Lynck apoyaba a un candidato a quien pretendía desplazar desde Red Butte, poblado distante cuarenta millas al otro lado de los montes Volcanic; pero Lee apoyó al que era juez en Cedar City, y derrotó a su vecino, aunque por un margen escaso de votos.

Este hecho acabó de enfriar su aparente amistad y ahora se mantenían corteses y graves, pero se adivinaba que no congeniaban uno y otro.

Sol iba recordando estos detalles, al parecer ajenos a su problema, y en su interior examinaba las personalidades de los dos rancheros, preguntándose cuál le inspiraba una más amplia simpatía.

En realidad, no parecía muy inclinado hacia ninguno. Jess era amable y persuasivo cuando le interesaba serlo, pero no podía ocultar su desmesurado orgullo y exhibir el poder de su dinero, con detalles de mal gusto; y en cuanto a Lee, era frío y áspero en su conversación, retraído en sus amistades y seco en sus contestaciones o en sus negocios.

Al fijar el pensamiento en Lee, por una lógica asociación de ideas, recordó la linda y dulce silueta de Magde, su hija, y sus convicciones parecieron suavizarse un tanto en virtud de este recuerdo. Magde siempre fue una muchacha afable y cortés con todo el mundo, poco orgullosa, a pesar de su posición, y ahora, el detalle aquel del ramo de siemprevivas dedicado a la tumba de su padre, agigantaba su figura, y Sol, sin saber por qué, inclinaba su simpatía hacia el seco ranchero.

Sumido en estos pensamientos alcanzó las estribaciones de la montaña y se dirigió hacia la izquierda, filtrándose por un estrecho barranco que en brusco declive iba ganando altura hasta llevarle a una meseta poblada de pinos y cedros, cuyas hojas empezaban a amarillear por la acción del otoño.

Siguiendo por entre los árboles cruzó algunas pequeñas cortadas, bordeó un claro manantial que se despeñaba majestuoso entre las asperezas de las peñas para estrellarse contra un rudo peñasco y abrirse en infinidad de pequeños surtidores y, por fin, alcanzó el lugar donde, al parecer, se había desarrollado la tragedia.

La montaña allí formaba una tortuosa cornisa que se corría caprichosamente por la meseta. Desde el borde podía descubrirse debajo el desnivel, que unas veces alcanzaba un fondo mareante y otras se achicaba, según las ondulaciones del terreno.

Por las paredes de aquel abismo reptaban pinos enanos de tronco inclinado, que parecían aferrarse a la tierra para no desprenderse y caer al fondo. La hiedra y los helechos crecían en la tierra formando una tupida red, y por algunos lugares del techo de la cortada corría murmurante y estruendoso un pequeño río interior, formado por el agua que se desprendía de los manantiales de la montaña.

Sol, dominado por la emoción, se detuvo en el lugar exacto en que había sido descubierto el cadáver de su padre por los peones del rancho «H Doble».

La meseta formaba un camino tortuoso de Norte a Sur, debido a unos pequeños desniveles del terreno. Este camino, al morir en la parte llana, se enfrentaba con una barranca de unos diez metros de profundidad, estrecha y oscura. La pared formaba un gran declive y casi se ocultaba a la vista, debido a la maraña de plantas salvajes que crecían ferazmente sobre la húmeda tierra.

Frente a la barranca el terreno se elevaba gradualmente a menos de cuarenta metros, y unos picachos ocultaban al otro lado una planicie que descendía suavemente y en la que la alfalfa se ofrecía pródiga en invierno para el ganado.

Sol se apeó del caballo, dejando a éste en libertad, mientras él escudriñaba ávidamente el terreno.

Este se mostraba húmedo y embarrado. Aquella pequeña senda servía de tránsito a los peones que bajaban de lo alto de la montaña, donde algunos ganaderos tenían sus reses en los pastos libres, ya que el valle adquirido desde mucho tiempo atrás por los ganaderos más antiguos, estaba repartido entre ellos y nadie podía adquirir terrenos de pasto en aquella parte privilegiada de Pine.

Sol paseó la vista en derredor, preguntándose qué motivo habría inducido a su padre a buscar una pista en aquellos lugares y aún más preguntándose también si había acudido a aquel lugar precisamente por poseer indicios de que allí encontraría detalles aclaratorios derivados de alguna sospecha o de algún indicio vago que poseía.

Por un lado, le parecía muy extraño; pero, por otro, en aquella parte había muchos ranchos establecidos y era paso obligado para otros, aparte de que el monte se prestaba a filtrar el ganado por grietas y cortadas, para hacerle cruzar al otro lado y «abollarle» por la orilla del Virgin para, desde allí, por Kanab Wash, internarlo impúnemente en Arizona.

No... El viejo King no era tonto y cuando clavó sus sospechas en aquellos terrenos sus motivos sólidos tendría. Luego ponderó la distancia que mediaba desde el barranco a los ranchos más próximos. Uno, el de Lynck, el más cerca a la derecha en línea recta; otro, el de Lee, un tanto más alejado en sentido diagonal, y otro, el llamado «Barra Cortada», a la izquierda de los desmontes que cortaban el panorama frente al barranco, y se preguntó cómo no habrían oído la pelea desde alguno de ellos, dado que la distancia no era tan excesiva para no oír unos disparos de rifle.

Tenía que hacer averiguaciones sobre este tema, interrogando a los propietarios y peones de los ranchos cercanos.

Lynck no le había dicho nada sobre este detalle, quizá no lo hubiese oído por estar durmiendo o no encontrarse en el rancho; pero algunos de los peones que vigilaban los pastos de noche, tanto en el rancho de Jess como en los colindantes, tenían que haber oído las detonaciones y quizá debían haberse dado cuenta si alguien transitó por la senda camino del llano o de los pastos altos aquella noche.

Sol, paciente y tozudo, sin otra cosa que hacer más que registrar hasta el último rincón de la tierra para hallar alguna pista que le condujese a una conclusión viable, desistió de hallar huella alguna del paso de los asesinos, y, sin una idea fija, se dedicó a registrar el piso cubierto de helechos y de hojas muertas arrastradas por el viento.

¿Qué buscaba? Fijamente no hubiese podido decirlo. Le acuciaba el ansia de encontrar algo, pero su imaginación no se

sentía capaz de precisar el qué.

A un lado del estrecho camino y a unos ocho metros del borde de la barranca descubrió un espeso gramal, en el que las plantas nudosas de tallos cilíndricos y espigas de amarilla flor, cubrían una buena zona de terreno. Al examinarlo descubrió algo que encendió sus ojos. En algunos lugares las plantas aparecían tronchadas y machacadas, aunque no conservaban huellas de pisadas.

El descubrimiento parecía indicarle que alguien había penetrado en el gramal tratando de ocultarse en él, y al verificar un más minucioso registro, algo que descubrió brillando entre las plantas, le obligó a lanzar una exclamación de alegría.

Acababa de localizar el vacío cartucho de un rifle. Sol, entendido en la materia, lo examinó atentamente y aunque la humedad lo había deformado oxidando el casquillo, sacó la firme conclusión de que pertenecía a un rifle «Springfield», arma no muy común en la región, aunque había sido muy popular durante la guerra de sucesión entre las tropas.

El descubrimiento merecía la pena de ser tenido en cuenta. Su padre jamás usó aquella marca, y por otra parte su rifle «Colt» no había sido disparado la noche de su muerte.

Por lo tanto el cartucho debía pertenecer a una de las armas de los asesinos y tenía que descubrir quién usaba tal marca de rifle para seguir la pista.

Muy esperanzado abandonó el gramal y volvió al borde de la barranca, que pensaba explorar también atentamente, guardando el vacío cartucho en el bolsillo.

Cuando se disponía a buscar un lugar fácil de abrirle camino para descender, algo que no acertó a definir tensionó sus nervios. Un sexto sentido acababa de advertirle que estaba corriendo un mortal peligro y, dejándose llevar de aquel instinto, volvió la cabeza rápidamente, abarcando en un nervioso y agudo ojeo todo el panorama que le rodeaba.

De repente sus ojos se clavaron en los accidentes del terreno que se alzaban frente a él, ocultando el otro lado del desmonte y, de modo inquisitorial, registró los bordes sin descubrir nada sospechoso.

Se disponía a vigilar por otro lado, cuando le pareció que unas matas que crecían al borde de uno de los picachos se movían levemente. Podía ser por la acción del aire que soplaba frío y lacerante en aquella parte alta de la cordillera, pero también podía obedecer a algo ajeno a los elementos y, precavido, llevó la mano al cinto dispuesto a no dejarse coger desprevenido y a explorar aquella parte del paisaje.

Mas, de repente, un objeto brillante surgió de entre las matas;

algo largo y acerado se enfrentó con él siniestramente y por detrás del objeto, que no era otra cosa que el cañón de un rifle, surgió rápido y fugaz un sombrero de anchas alas y un rostro velado por las sombras que éstas le prestaban.

Sol levantó el revólver para disparar, pero fue tarde. Un estampido estruendoso vibró frente a él y la bala silbó en sus oídos. Sol se consideró perdido y, abriendo los brazos, se dejó rodar por el borde al fondo de la barranca.

CAPITULO III

VAGAS SOSPECHAS



ALLÁBANSE en el despacho del juez Crow, reunidos éste, el alcalde James Red, y los rancheros Lee y Jess, para tratar sobre el nombramiento del nuevo *sheriff*.

El caso debía someterse a votación; pero entre los cuatro se buscaba la fórmula de evitar la competencia y elegir un solo candidato que fuese del agrado de las cuatro potencias de Pine.

El alcalde, que debía su puesto a Jess, no se inclinaba por candidato especial. Esperaba la proposición del ranchero para apoyarla y, en cuanto al juez, no tuvo inconveniente en proponer para el cargo a Impey Bouth, a quien creía apto para tal función, pues había demostrado ser hombre valiente. Era muy conocedor de la región, y en dos ocasiones se mostró muy hábil al descubrir a unos cuatreros que se atrevieron a extender su campo de acción por el valle.

Lee se mostró conforme con la propuesta. No era sugerencia suya, pero la apoyaba por estar de acuerdo con el juez.

Lynck, por el contrario, no se mostró conforme, alegando que Impey era ya hombre muy gastado y que por estar casado y tener cuatro hijos debía velar por su vida con más preocupación que cualquier otro soltero y libre de tan sagrados lazos.

—No tengo nada que oponer contra él, si no es este detalle —afirmó Lynch—; por eso me atrevo a proponer que se nombre a Rich Hodges. Nadie podrá poner en duda que es hombre de arrestos y que maneja muy bien el *Colt*.

—Reconozco que es cierto cuanto el señor Lynck afirma—objetó Lee—; pero no me inspira gran confianza. Lleva una temporada muy entregado a la bebida y ha perdido popularidad entre nuestros convecinos.

—¿Quién no bebe en Pine?—refutó el ranchero—. Yo estoy seguro de que si Rich obtiene la estrella de *sheriff*, abandonará la taberna y se entregará con entusiasmo a la tarea de descubrir a los

abigeos y a los asesinos del pobre King. Voto por él.

El alcalde se sumó con entusiasmo a la propuesta, pero el juez mantuvo sus puntos de vista.

Como Lee le apoyase con firmeza y no hubiese acuerdo, Jess, molesto, se levantó diciendo:

—Bien, señores, no discutiremos más. Veo que no es fácil ponernos de acuerdo y creo que deben ser nuestros conciudadanos los que decidan.

—Eso me parece a mí—objetó Lee con la sequedad que le caracterizaba—. Es más equitativo que el pueblo elija entre dos que darle impuesto ya uno.

—No es razón—se atrevió a asegurar Jess—; no todos en el pueblo poseen conciencia política para saber lo que les conviene y se dejan guiar por impresionismos; por eso nosotros, que somos el equilibrio del poblado, debemos darles hecho casi todo.

—Se lo daremos proponiéndoles los dos candidatos—aseguró el juez—; con eso verán que no nos hemos confabulado para imponer uno propio.

Como no había más que discutir se dio por terminada la reunión. Y como el caso urgía se cursarían las citaciones a los ranchos rápidamente y se fijaría la votación para el próximo domingo.

Mediada la tarde, un caballo se detuvo ante la casa del juez, y Sol, con el rostro sombrío y cubierto de arañazos, se presentó ante Crow.

Este, al verle, frunció el entrecejo, comprendiendo que algo grave había sucedido al muchacho y, tomándole por un brazo, preguntó intrigado:

—¿Qué ha sido eso, Sol? ¿Cómo traes el rostro así?

—Es lo menos que me ha podido suceder, señor Crow. Alguien ha intentado suprimirme del mundo como a mi padre, y sólo la Providencia y mi decisión de arrojarme por la barranca donde él fue hallado muerto me han salvado la vida.

A instancias del juez, el joven hizo un relato detallado de su odisea de la mañana y, cuando concluyó, Crow se quedó serio y meditabundo.

—¿Qué deduce usted de todo esto, señor Crow?—preguntó Sol al observar el efecto que había causado su relato.

El juez, dudando un poco al escoger las palabras, dijo:

—El asunto es muy delicado, muchacho. Saco muchas deducciones que me causa rubor exponer. No me gusta tirar flechas a un blanco imaginario.

—Me lo figuro; pero yo también he deducido cosas... ¿Quiere darme su opinión franca a ver si coincidimos?

—Te la daré; pero con las reservas lógicas que espero tengas presente. Hay apariencias engañosas y no debe uno obsesionarse por ellas hasta comprobarlas plenamente. Para mí hay una cosa clara, y es que tu padre poseía algún indicio que le llevaba a sospechar que por los alrededores de la barranca iba a descubrir más tarde o más temprano a los abigeos, y que éstos, al darse cuenta de sus sospechas, le tendieron una emboscada y le eliminaron.

—Conformes—afirmó Sol—. ¿Qué más deduce usted?

—Creo que los asesinos no dieron importancia a la pérdida del cartucho, o si fijaron en él su interés, no lograron localizarlo. Quizá la presencia de los peones del rancho «H Doble» les ahuyentó ante el temor de ser descubiertos y huyeron. Quizá más tarde pensaron en el cartucho y acudieron en su busca en ocasión en que tú les tomabas la delantera. Por ello quisieron suprimirte como habían suprimido a tu padre.

—Me parece que coincidimos en todo, señor Crow. Esto es muy elocuente y creo que me pone sobre una pista; pero ¿no saca usted más conclusiones?

Crow dudó un momento, y quizá para no comprometerse contestó:

—No estoy muy seguro... ¿y tú?

—Yo sí, aunque también lo expongo con reservas. No puede usted olvidar que por aquellos alrededores hay algunos ranchos bastante próximos al lugar del crimen.

—Sí. El de Lee..., el de Lynck..., el «Tres Estrellas» de Ken Wimsey..., pero eso no dice nada. No irás a sospechar que alguno de ellos...

—Escúcheme, señor Crow. Tengo que sospechar de todos y de nadie. Hay un hecho oscuro. Los tiros debieron oírse desde alguno de esos ranchos. En particular de los de Lee y Lynck.

—Sí... Un tiro de rifle debió llevar allí sus ecos; pero no olvides que hay caza por esos lugares y que es corriente salir a buscar alces o conejos.

—Pero no de noche, señor Crow. El médico me ha dicho que supone que la muerte de mi padre debió ocurrir a media noche, y a esa hora no se sale a cazar y más no habiendo luna como esa noche. No. Los tiros han tenido que ser captados por algunos de los peones que hacían guardia en los pastos de noche y tengo que averiguarlo.

—Creo que debes hacerlo; pero también creo que no debes exponerte a volver solo por aquellos lugares. Los conozco y se prestan fácilmente a una emboscada.

—Ya lo sé y, sin embargo, debo volver. Allí está la clave de todo, y tengo que descubrirlo.

—¿Qué más sospechas?

—Nada que deba exponer, pues no quiero edificar sobre arena. Más adelante quizá se lo diga, si completo datos.

—Me agrada verte tan prudente. Escucha: ¿no viste nada que te lleve a identificar a tu agresor?

—Nada identificable, señor Crow. Un sombrero vaquero de anchas alas y un cañón de un rifle a larga distancia, no son cosas sobresalientes. No podía ver más, si no quería exponerme a morir acribillado. Tenía una posición magnífica para tirar sobre mí y yo muy mala para hacerlo sobre él. Por eso preferí arrojarme al fondo de la barranca.

—Lo extraño es que no te buscase o te esperase a la salida para acabar contigo.

—Debí despistarle. Abrí los brazos y me dejé caer como si hubiese recibido el tiro de verdad. Luego salí por un lugar mucho más alejado y silbé a mi caballo que acudió donde yo estaba. Creo que por el momento debió sospechar que había acertado con el tiro.

—Lo útil ahora sería buscar también el cartucho a ver si coincide; pero no debes ser tú quien lo busque. Yo haré que un par de peones registren el lugar a ver si dan con él.

—Gracias, señor Crow; pero yo quiero ir con ellos. Sé el lugar exacto desde donde dispararon y será más fácil la búsqueda si no lo ha recogido. Por otra parte me servirán de compañía para hacer una visita al rancho de Lynch y al de Lee. Quiero hablar con los peones y si es posible con sus dueños.

—¿Sospechas que parte de los ranchos el golpe?—preguntó el juez mirándole fijamente.

—¡Dios me libre fabricar teorías sin un ápice de fundamento! Pero pueden acecharme al ir o venir de la visita, y así estaré más salvaguardado. Después yo sabré moverme solo por mi cuenta.

—Bien, eso es fácil... Lee y Lynck han estado aquí esta mañana.

—Lo sé. Me encontré en el camino a Jess. Por cierto que me advirtió que tuviese cuidado con lo que decía. Pareció adivinar que iba a correr un gran peligro y trató de disuadirme que me enfrentase con él.

—Sí; es un hombre muy sagaz y desconfiado. Estuvo aquí para tratar sobre el candidato a sustituir a tu padre; pero no nos pusimos de acuerdo.

—¿Por qué?

—Porque nos propuso aceptar a Rich Hodges y nosotros propusimos a Impey Bouth. Empatamos en votos y se llevarán los dos nombres a la elección.

Sol ponderó los aspirantes al cargo y dijo:

—No sé qué decirle... Impey me parece un buen sujeto, es

valiente y serio; también es valiente a su modo Rich, pero se ha maleado un poco con la bebida. Claro que esto no implica si se retira de ella y se dedica a cumplir con su deber. Me ponen ustedes en un aprieto para votar.

—Puedes hacerlo con arreglo a tu conciencia, querido—advirtió Crow—. Nosotros no imponemos a nadie.

—Ya lo sé. Hablaré con ellos y veré quién está dispuesto a hacer más para ayudarme. Votaré al que crea más interesado en descubrir a los abigeos y a los asesinos de mi padre.

—Bien, pues si no tienes más que exponerme, me ocuparé en buscar un par de peones que te acompañen. Mientras se nombra nuevo *sheriff* asumo sus funciones de un modo indirecto.

—Gracias; pero preferiría pedírselos a mi patrón. Sandy me dará cuanto necesite, y como les conozco a fondo, sé que puedo confiar en ellos.

—De acuerdo. Lo dejo a tu elección.

—Yo vendré a darle a usted cuenta del resultado. Ahora lo que quisiera es... No sé… lo encuentro difícil; pero me ayudaría mucho a facilitar mi labor...

—Di lo que sea, y si puedo ayudarte...

—No sé. Se trata de averiguar quién usa en el pueblo fusiles «Springfield». No es muy común esta arma, más militar que civil, y no creo que existan muchos. Quizá esto me facilitaría una pista.

—O acaso la embrollase, Sol. Nadie puede asegurar que los asesinos sean extraños al poblado y usen esa clase de armas, en cuyo caso, relacionar a un convecino que posea un fusil «Springfield» con el crimen sería exponerse a desorientarnos y a cometer una injusticia, derivando sospechas hacia quien es inocente.

—Sí, es cierto; comprendo lo delicado del caso, pero no puede detenerme esa observación. Según quien lo posea, puede o no sospecharse de él, e incluso hacer averiguaciones sobre sus movimientos ese día.

—Allá tú—advirtió el juez perplejo—. No quiero ponerte trabas, pero sí recomendarte que andes con pies de plomo en ese asunto. Un paso en falso, una sospecha lanzada al azar, sin fundamento, puede perjudicarte y restarte simpatías. Guarda para ti esas suspicacias y no las expongas a nadie más, a menos que tengas en qué apoyarte.

—Desde luego que así lo haré, señor Crow. Con usted me confieso como si fuera mi padre.

—Y tú sabes que te correspondo como si fueras mi hijo.

Sol, más animado, abandonó la casa del juez para regresar al rancho de Sandy.

Confiaba mucho en su viejo patrón, al que consideraba un hombre honrado y ecuánime, y sabía que le aconsejaría bien y le ayudaría en lo que pudiese.

Cuando el ranchero le vio cruzar la empalizada comprendió que algo urgente e imprevisto le llevaba allí, y saliendo a su encuentro preguntó:

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Cómo regresas tan pronto?

—Venía a hablar un rato con usted.

—Pues pasa a mi despacho y dime antes qué te ha ocurrido para traer así la cara. ¿Te has estado restregando contra algún zarzal?

—Así ha sido, señor Sandy. Diez metros de recorrido rodando por los zarzales al fondo de una barranca han dejado sus huellas. Ahora le contaré.

Sol relató brevemente su odisea de la mañana, así como su conversación con el juez, y cuando dio fin a su historia, Sandy, que le había escuchado fumando calmosamente su negra pipa, advirtió:

—Si lo que deseas es que te acompañen dos de tus compañeros sabes que el equipo está a tu disposición,

—Muchas gracias. Contaba con su amable ofrecimiento y por eso rechacé el del señor Crow. Ahora quisiera de usted alguna opinión personal sobre los hechos explicados.

Sandy reflexionó antes de contestar y, por fin, dijo:

—Es muy complejo eso, muchacho. Has iniciado con lógica algunas posibles pistas, pero creo que has olvidado otras. No las des más valor ni fundamento que las que tú inicias, pero apúntalas también en tu memoria.

—Dígame. Todos los datos a reunir serán pocos.

—¿Tú no sospechas por qué tu padre eligió ese lugar y no otro para sus pesquisas?

—Realmente, no. Creo que tenía algo en qué apoyarse, pero por más que he pensado en ello no lo he adivinado.

—Ni yo; pero puesto a pensar se me ocurre algo que puede ser lo mismo o lo contrario. ¿Por dónde sospechas tú que «abollan» el ganado que desaparece de los ranchos?

Sol quedó perplejo sin acertar a contestar. La pregunta le había cogido de sorpresa y se preguntaba a su vez cómo no se le había ocurrido estudiar antes este detalle.

—Realmente, no lo sé, señor Sandy. Es cosa que había olvidado.

—Yo no, querido, y es lógico. A ti no te han robado nada y a mí sí; por eso he pensado muchas veces hacia qué punto iría a parar el producto del «abigeo» y por dónde desaparecía sin dejar rastros.

—Creo que es cosa de estudiarlo.

—Sí, y yo lo estudiaría tomando como punto de mira la cordillera. El valle es llano; conducir una punta de cien reses por él

hacia la línea del ferrocarril, atravesando el prado resulta muy expuesto; en cambio, dos millas de camino desde el valle a las montañas son poca cosa, sobre todo en noches oscuras, y una vez el ganado en las estribaciones de la sierra, internarlo por cortadas y cañones es fácil. ¿Hacia dónde? Hacia el lado contrario, para conducirlo por la orilla del Virgin o por el mismo cauce del río, si trae poca agua, para borrar las huellas y luego a Kanab. Después, todo es fácil.

Sol confesó que parte de ello lo había sospechado aquella mañana, pero que por estar sugestionado en descubrir algo que le aclarase la muerte de su padre lo había dado al olvido.

—Pues no lo deseches, que eso es muy importante. Yo creo que tu padre vio claro y por eso eligió aquel sitio.

—Pero—objetó Sol—, ¿no es muy expuesto el camino? Yo conozco algo el terreno y sé que por este lado sólo hay algún paso viable por las inmediaciones de los ranchos. ¿Cómo, si a Lynch y a Lee les han robado ganado y viven alerta, no se han dado cuenta de que es delante de sus propias barbas por donde lo «abollan»?... No me lo explico.

—Ni yo. También hay que estudiar a quién le ha faltado ganado.

—A todos.

—Bueno...—objetó el viejo ranchero con una sonrisa sardónica — todos nos quejamos de eso siempre; pero... una cosa es que le desaparezcan a uno media docena de terneras y otra que se le lleven un centenar. Quisiera estar seguro de que a todos los que se quejan del robo les han faltado esas cantidades de reses.

—¿Qué sospecha usted?—preguntó intrigado el *cowboy*.

—Que alguno trate de despistar o que se haga más víctima que el vecino. Soy viejo en el valle, conozco todos los trucos habidos y por haber, y he tratado a todos los rancheros, como a todos los peones, y sé muchas cosas que parecen olvidadas. Trata de averiguar eso y habrás adelantado mucho en tu camino.

—¿Cómo lo voy a averiguar?

—No lo sé. Si lo supiera habría averiguado muchas cosas hace tiempo.

Sol se quedó perplejo, pero no pudo contestar a la insinuación. De todas formas, apuntaba el dato para hacer ciertas averiguaciones subterráneas que le condujesen al fin deseado.

Sandy, de acuerdo con el joven, eligió dos de los peones de más confianza, los cuales, encantados de poder prestar aquel servicio a su compañero, se pusieron incondicionalmente a sus órdenes.

Era media tarde cuando abandonaron el rancho para dirigirse a las montañas. Aprovecharían lo que restaba de tarde para verificar una investigación por el lugar desde donde había sido atacado el

joven, y luego le acompañarían a los ranchos a interrogar a los dueños y a sus equipos.

Sol se hallaba bastante esperanzado. El hecho de haber sido atacado inmediatamente de ponerse en campaña indicaba que los asesinos de su padre no pertenecían a ninguna partida ajena al pueblo; que estaban enterados de sus propósitos y temían que realizase lo que su padre no había conseguido llevar a feliz término y, por último, indicaba también que las insinuaciones de su patrón podían tener algún fundamento para sacar por el hilo el ovillo de aquella maraña al parecer tan complicada.

Y confiando en poder aunar todo aquello para una acción decisiva, se encaminó a la montaña.

CAPITULO IV

EVASIVAS, PUÑETAZOS Y ATAQUE EN LAS SOMBRAS


UANDO alcanzaron el lugar donde había sido hallado el cuerpo del infortunado *sheriff*, su hijo, sin poder ocultar su emoción, señaló la barranca diciendo:

—Ahí le encontraron los peones del runcho «H Doble», y ahí estuve yo expuesto a morir como él si llego a dudar un momento en lanzarme por el terraplén al fondo.

Luego les indicó el lugar donde había encontrado la cápsula del proyectil.

Uno de los peones, llamado Walter, insinuó:

—Lo cual parece indicar que tu padre se había escondido ahí para vigilar, y que fue sorprendido recibiendo la muerte. Luego le arrastraron y le arrojaron al barranco, ya que desde aquí no podía caer a él.

—Desde luego que no.

Walter registró los alrededores y, tras un minucioso examen, afirmó:

—Estoy seguro de que no le sorprendieron de frente. Hubiese tenido tiempo de disparar, ya que estaba avisado. ¿Desde dónde pudieron disparar para herirle por la espalda?

King, que no había fijado su atención en el detalle, contestó:

—No me había dado cuenta de ello, pero tuvo que ser a su espalda.

—Justamente. Veamos si se puede localizar el sitio.

El gramal se extendía circundando un terraplén de unos cinco metros de altura y solamente desde él podía haberse lanzado los disparos.

Siguiendo el estrecho camino que se retorcía entre las asperezas del terreno para bajar al rellano desde la parte alta, examinaron el talud, hasta que Walter descubrió ciertas depresiones que le permitieron escalarle para alcanzar el terraplén en su parte alta.

Seguido de Sol y de su compañero, ganaron la altura hasta situarse en el lugar conveniente. Allí Walter, señalando con el revólver, afirmó:

—Si estuviera ahí agazapado entre la grama podría impunemente pegarte un tiro en la nuca...

—Pero no dos casi juntos—afirmó el otro peón—. Es indudable que los disparos los hicieron dos a una sola señal. Por eso le alcanzaron en la espalda y en la nuca, si no al recibir el primero hubiese caído de alguna manera que hiciese imposible el segundo disparo en ese sitio.

Sol ponderó la afirmación de su compañero y dijo con voz sorda:

—Cada vez se complica más esto. Creo que tienes razón y esto indica que el asunto es más grave de lo que parece. El abigeo debe estar organizado en gran escala y no es obra de un ladrón aislado, sino de una cuadrilla organizada. Alguien muy cerca está comprometido en el negocio y presiento que vamos a tener una gran función de «artillería» cuando menos lo sospechemos.

Registraron los alrededores, y poco más tarde alcanzaron el lugar desde donde se había atentado contra la vida de Sol.

—Esto está aclarado—dijo el joven—. Los asesinos han podido subir desde la senda para apostarse ahí y disparar.

—¿Y por dónde huyeron?—preguntó Walter—. Porque el que disparó contra ti tenía que haberse asegurado la retirada.

—Por aquí es fácil deslizarse. El terreno, aunque hace cuesta, se presta a la huida.

—Pues sigamos por él a ver dónde conduce.

Se hallaban en lo alto de un terraplén que descendía en cuesta bastante pronunciada. El piso, desigual, formaba sendas que se escurrían entre declives, y unas veces subían y otras descendían formando un laberinto; pero, a pesar de ello, era fácil seguir una dirección buscando la parte más baja hacia el lugar donde se asentaban los ranchos.

Sol, con los ojos clavados en la húmeda tierra, examinaba ésta atentamente y, de pronto se detuvo diciendo:

—Mirar: aquí ha pisado alguien que calza botas de montar. Se notan los tacones y el roce de una espuela.

—Es un detalle—afirmó Walter—. El que ha pretendido hacerte el favor de procurarte un eterno descanso no es precisamente un señorito de Salt Lake City.

—Te comprendo, Walter. Siempre es bueno estar seguro de lo que se busca.

Poco a poco el terreno volvía a allanarse y ahora era imposible orientarse para seguir una pista. Las huellas se habían perdido, y el que huyera igual podía haberlo realizado al Norte que al Sur, o a

cualquier otro punto de la sierra.

A la derecha el terreno descendía suavemente, y en la parte baja se descubrían los pastos del rancho de Lynck y la traza esbelta de su rancho dorado por el sol poniente de la tarde.

—Aquí no se puede averiguar más —aseguró Walter—. ¿Cuál es tu idea ahora, Sol?

—Visitar a Lynck y luego hablar con sus peones. Alguno debió oír la otra noche los disparos. Luego bajaremos al rancho de Lee.

El terreno se iba tornando plano en una gran extensión. Hacia el Este quedaba bruscamente cortado por farallones ingentes, grietas profundas y cánones sinuosos, que se adentraban hacia el corazón de la cordillera.

Cruzando una zona sombreada por grandes masas de cedros, abetos y pinos, alcanzaron por fin los pastos de Lynck. Estos se extendían a lo largo del camino, y al final se destacaba la empalizada que daba acceso al rancho.

También se llegaba a él por el camino ordinario que partía del valle ascendiendo un poco en cuesta para alcanzar la planicie. Este era el camino corriente para llegar a la posesión y el que ellos habían traído; era algo exótico, pero viable como se había demostrado.

Cuando se detuvieron a la puerta de la empalizada, y desmontaron descubrieron en el patio un caballo que les era familiar. Se trataba de un *munstang* negro, con una mancha blanca en la frente y las patas llenas de blancos lunares.

—Que me ahorquen de un buen roble si ése no es el caballo de Lany —aseguró Walter—. No hay quien no le conozca en todo el valle.

Sol se mostró extrañado de la presencia del ex capataz del rancho y exclamó:

—¿Qué hará aquí ese tipo? Lynck me dijo que le había despedido hace unos días.

—Habrá venido a reclamar algo.

Un peón les recibió, y al saber que Sol trataba de hablar con el propietario, dijo bruscamente:

—No sé si podrá recibiros. Está tratando no sé qué asuntos con Lany.

—Bien, no prejuzgues las cosas y dile que está aquí Sol King que desea hablar con él.

El peón desapareció por el porche que sombreaba la entrada al edificio y poco después regresó diciendo:

—Esperar un poco. En seguida termina.

Aguardaron en el patio, y diez minutos después, Lany aparecía en él, fanfarrón y arrogante, con su llamativa camisa de chillones

cuadros azules y amarillos, sus zahones de piel cubriendo las perneras del pantalón, el rojo pañuelo prendido al cuello y el sombrero gris de amplias alas sombreándole los ojos. Lucía unas altas botas de montar y unas brillantes espuelas de rodaja.

Lany se detuvo junto al grupo y, saludando con la mano al tiempo que se disponía a montar a caballo, dijo:

—¿Qué hay, muchachos? ¿Venís a solicitar mi plaza? A lo mejor entre los tres sois capaces de cubrirla.

La broma no fue del agrado de Walter, el cual, irguiendo su recia humanidad, se acercó a Lany afirmando:

—Oye tú, sapo amarillo. No vengo a solicitar nada, porque ni tu amo tiene talla para que yo le sirva, ni tú sirves para descalzarme a mí con un lazo en la mano; pero si me decidiese a pedir tu plaza ten por seguro que no tendrían que despedirme de ella como a ti.

El dardo fue tan bien dirigido que Lany flameó sus ojos como si en ellos ardiesen carbones encendidos y soltando el caballo se acercó a él para decir:

—Si a mí me han despedido ha sido por cosas que no te incumben y no porque nadie se crea capacitado a darme lecciones en mí oficio. En cuanto a manejar el lazo mejor que yo, tendríamos que discutirlo; lo que no admite discusión es que manejes el revólver mejor que yo.

El agresivo capataz acompañó la acción a la palabra, llevó la mano a la culata del enorme Colt que lucía a la cintura; pero a pesar de su rapidez no fue capaz de extraerlo. El enorme y contundente puño de Walter voló como una saeta hacia el mentón del irascible vaquero y un crujir de huesos indicó que el impacto habla surtido efecto.

Lany lanzó un ¡oh! de rabia y dolor, y salió proyectado de espaldas para caer tres metros más atrás, retorciéndose de dolor y escupiendo sangre por la boca.

Pero a pesar del duro castigo no se sintió vencido. Revolviéndose iracundo sobre las losas del patio, volvió a intentar sacar el revólver, al tiempo que Walter, que no le perdía de vista, se arrojaba sobre él arrebatándoselo después de una breve lucha.

Tiró el arma a un rincón del patio, y furioso, sin hacer aprecio de los esfuerzos de King y su compañero que trataban de cortar el incidente, dijo:

—Levántate, mal bicho; levántate y disponte a manejar los puños con el mismo tino y agilidad con que madrugas con el revólver. Hace tiempo que esperaba una ocasión de darte tu merecido y el diablo me la ha proporcionado cuando menos lo esperaba.

Lany se incorporó con trabajo y trató de responder al reto; pero

se le veía atontado y falto de fuerzas para sostener una pelea.

King intervino para decir:

—Ya está bien, Walter. Es lamentable que en este momento hayamos provocado este incidente, cuando venimos a realizar una visita y no a buscar una pelea tonta. Estamos en un rancho y no en una taberna donde gozamos de libertad para movemos.

Walter se apaciguó y, volviéndose a King, dijo:

—Lo siento, King; pero tú has sido testigo de que la agresión partió de él. Nos insultó y luego quiso blasonar de valiente.

King iba a decir algo; pero al volver la cabeza descubrió bajo el porche la figura alta y maciza del ranchero, el cual contemplaba con interés al grupo. King se adelantó hacia él diciendo:

—Perdone, señor Lynck; ha sido una cosa imprevista provocada por su ex capataz.

El ranchero preguntó con tono seco:

—¿Qué ha sucedido?

Walter, impetuoso, intervino para decir:

—Nada de particular, señor Lynck. Este sapo amarillo nos ha provocado y, en respuesta, le he dado su merecido.

El ranchero molesto por el tono del *cowboy*, replicó con voz metálica:

—Puede que haya sido así, pero usted debió no olvidar que esto no es un garito del pueblo, sino mi casa, y que lo menos que deben hacer las visitas es respetarla a no ser que vengan ustedes en son de pelea; pero si así es, yo y mi gente sabemos dar la réplica a las provocaciones.

King, dolido, intervino para aclarar las cosas. Nadie llegaba con aires provocativos y sólo a la agresividad de Lany se debía el desagradable suceso.

El ranchero se dirigió a su capataz, que se apretaba la frente y la cara con las manos, y advirtió:

—Siempre ha de ser usted un imprudente, Lany. Debió pensar en muchas cosas antes de provocar una riña de este jaez.

El vaquero, más despabilado, iba a decir algo violento, pero la mirada de Lynck era tan severa que se limitó a gruñir:

—Quise gastarles una broma, señor Lynck; pero este cerdo no supo admitirla. Me insultó y yo…

—Basta, Lany—advirtió con voz metálica el ranchero—. Se ha concluido el incidente. Mañana vuelva usted, que le tendré la cuenta lista y saldaremos la diferencia.

Lany, furioso, montó a caballo diciendo:

—Para usted está terminado; pero para mí, no. Me las pagará ese cerdo, como me llamo Lany Mackay.

Antes de que nadie tuviese tiempo a intervenir, espoleó el

caballo y traspasó la cerca, mientras King detenía la mano de Walter dispuesto a sacar el revólver.

—Vamos, Walter—dijo—. No hay que tomarle en consideración la amenaza. Está rabioso por el puñetazo recibido, pero ya se le pasará.

—¿Tú crees? El tiempo lo dirá.

El ranchero, molesto por el incidente, les hizo pasar a su despacho, y luego, encarándose con King, preguntó secamente:

—¿Quiere decirme a qué obedece esta nutrida visita? ¿Acaso teme que en mi casa su vida no pueda estar asegurada?

El joven, herido a su vez por la pregunta, replicó:

—Nadie le ha hecho a usted semejante ofensa. Venía a hacerle una pregunta; pero antes le explicaré el motivo de verme tan bien acompañado. Hace unas horas trataron de suprimirme como a mi padre desde lo alto del farallón que hay frente a la barranca, y por prudencia, no por cobardía, me hice acompañar por mis compañeros para verificar un registro. Este es el motivo de su presencia.

Lynck, al parecer satisfecho con la explicación, preguntó:

—¿Y no han averiguado nada?

—Nada. Hemos encontrado huellas del paso de un hombre con botas de montar y espuelas, pero las huellas se han esfumado. Como estábamos cerca, hemos venido a visitarle para agradecerle vea si puede ayudamos en algo.

—Tú dirás en qué. Ya te advertí que te jugabas una carta muy peligrosa. Has debido dejar que se nombre nuevo *sheriff* y que éste tome a su cargo el asunto. Es su obligación.

—Y la mía. Se trata de mi padre.

—Bien, bien; no soy el llamado a oficiar de niñera; eres mayor de edad y debes saber lo que haces. ¿En qué puedo serte útil?

—¿Estaba usted en el rancho la noche que mataron a mi padre?

—Si se puede asegurar que le mataron de noche y que esto sucedió hace dos, te diré que sí.

—¿No oyó usted desde aquí las detonaciones?

El ranchero le miró sorprendido, preguntando:

—¿Por qué las había de oír?

—Porque el lugar está relativamente cerca, y dos disparos de rifle pueden ser captados fácilmente en el silencio de la noche.

—Un silencio relativo, King—afirmó el ranchero—. Te olvidas que hace dos noches amenazó tormenta y que el ganado se mostró bastante inquieto. Tres mil reses enojadas meten mucho jaleo. Tú lo sabes.

—Es cierto—afirmó King convencido—. No recordaba ese detalle.

—No tiene nada de particular. Yo me acosté temprano y me dormí pronto, pero alguna vez los mugidos de las reses me despertaron. Las oí mugir, pero no oí disparos.

—Muchas gracias. Es cuanto quería saber. Dígame... ¿cree que sus hombres de guardia en los pastos pueden haberlos oído?

—Es posible. Si te interesa el detalle les interrogaré y te diré lo que averigüe, aunque no sé para qué puede servirte el detalle.

—Para mucho. Si los han oído es extraño que no les llamase la atención y procurasen averiguar a qué obedecían. Cuando se sabe que hay abigeos y se teme por el ganado, lo más indicado es no desdeñar oír tiros en la noche cerca de los pastos.

—Es cierto. Nadie me ha dicho nada; pero trataré de saberlo. De todas formas, quizá la inquietud del ganado les impidiese fijarse en el detalle si lo captaron. Tú conoces el oficio y sabes lo que preocupa un rebaño nervioso.

—Sí; de todas formas le agradeceré que les interrogue. A propósito, ¿le han robado a usted muchas reses?

—Bastantes. No puedo fijar el número, pero en breve pienso verificar un recuento.

—Pero así, por encima, ¿en cuánto calcula la falta?

—Pues... no sé... posiblemente en doscientas reses.

—¿Y no sospecha cómo han podido «abollarlas» ni por dónde?

El ranchero se quedó pensativo y contestó:

—No... Mis pastos son muy amplios. Hay una parte que carece de espinos, porque cierran el terreno los terraplenes en la parte posterior. Esa seguridad del terreno ha hecho que sea la parte menos vigilada, y los abigeos, que sin duda no desconocen este detalle, aprovecharon dos noches sin luna para filtrar el ganado fuera de esa barrera natural. Luego... la montaña posee tantos recovecos que extraviarlo a toda pesquisa es fácil después de cinco o seis horas de haberlo robado.



El enorme y contundente puño de Walter voló como una saeta...

—¿Es ese el motivo por lo que ha despedido usted a Lany?— preguntó audazmente King.

—Pues... no sólo por eso, aunque haya influido algo. Un capataz que sabe bien su oficio y que está avisado de lo que sucede, debe extremar su celo. Lany se descuidó confiándose demasiado; pero ya digo que eso ha ayudado a que tome tal resolución. Hay otras cosas particulares que me han llevado a tal extremo.

King, que llevaba una idea fija, preguntó audazmente:

—¿No se le ha ocurrido sospechar que Lany estuviese complicado en el robo y que haya ayudado pasivamente a que se realice?

Lynck, molesto, replicó:

—Con esa teoría, todos los capataces de todos los ranchos del valle están interesados en los robos, pues a todos los ganaderos les han faltado reses.

—O al menos así lo afirman. Quisiera estar seguro de que sus lamentaciones son sinceras.

El ranchero, molesto, se levantó diciendo:

—King, tengo que perdonarte esas tonterías que estás diciendo, en gracia a que la muerte de tu padre te ha trastornado; de otra forma no te las toleraría. Esas dudas, sin especificar, me alcanzan, y nadie te ha dado derecho a suponer que sea tan imbécil o tan equívoco que me lamente de un robo que no han cometido conmigo.

King, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos al explanar sus sospechas, se apresuró a decir:

—Perdóneme, pero no iba por usted ni jamás he sospechado tal cosa. Pienso en alguno, pero muy lejos de este lugar.

—Haces mal en sospechar sin pruebas. Nadie se había quejado hasta hace poco de eso, señal de que hasta ahora a nadie le faltó. ¿Querías saber algo más?

—No, muchas gracias y perdone. Le agradeceré que pregunte a sus hombres y si sabe algo ya me lo comunicará.

—Desde luego, puedes irte tranquilo.

Lynck les acompañó hasta el patio y, al observar que no había en él caballo alguno, preguntó:

—¿Han venido ustedes a pie?

—No, por cierto—aseguró King—. Hemos dejado los caballos trabados en los alrededores de la barranca. Como hemos subido por los terraplenes investigando, no podíamos traerlos. Ahora vamos por ellos.

—Tengan cuidado. Son malas horas para andar por tales sitios cuando se ve uno amenazado.

—No creo que yendo tres se atrevan con nosotros. Por otra parte, hemos registrado aquello sin descubrir nada.

Bajaron por el camino ordinario y, dando la vuelta, alcanzaron la senda que conducía al escalón donde quedaran sus monturas. La noche había cerrado completamente, pero una luna clara bañada en luz azul el paisaje con trazos bruscos y precisos.

Los caballos se encontraban en el lugar donde los habían dejado, y montando en ellos tomaron por la estrecha vereda que bajaba desde los pastos altos, para salir más derechos hacia el rancho de Sandy.

El camino discurría algunos trozos, encajonado entre las paredes terrosas que en diversos lugares quedaba a gran altura, y cuando descendían, cuidando de los caballos para que no se escurriesen por la empinada vereda, algo se produjo que pudo costarles la vida.

Un enorme peñasco, que sin duda se hallaba al borde de uno de los farallones, se desplomó bruscamente desde lo alto, rebotando con sordo rumor por la pared un poco inclinada. Walter, de un fino oído, captó el ruido y por un instinto de seguridad obligó al caballo a dar un salto para evadirlo de la zona de peligro. El animal obedeció impresionado; pero al saltar resbaló y dio con su cuerpo en tierra, al tiempo que el enorme y mortal pedrusco caía en la senda entre él y el caballo del compañero de King, que caminaba en segundo lugar.

El cuadrúpedo lanzó un relincho de dolor y rodó por tierra con una pata rota, al tiempo que lanzaba al jinete contra el paredón contrario.

King se dio cuenta del peligro y frenó el caballo hacia atrás, con

tiempo de evitarle ser alcanzado, mientras Walter, levantándose rabioso, gritaba:

—Esto no ha sido casual, King. Alguien nos esperaba en la bajada y ha empujado la piedra.

El joven, al oírle, se revolvió furioso, y obligando a su caballo a volverse, se lanzó a todo galope sendero arriba dispuesto a alcanzar la subida al farallón.

A llegar a una grieta que le permitía el paso, desmontó con ira y gateando como una ardilla; ascendió hasta la parte plana, pero apenas había asomado la cabeza, vibró una seca detonación y el sombrero del temerario *cowboy* salió volando por el aire por la fuerza del impacto.

King, sin intimidarse, sacó el revólver y disparó por dos veces, lanzándose luego hacia la planicie, pero cuando llegó a ella nada descubrió.

El terreno accidentado formaba profundas hendiduras, que permitían al agresor escabullirse por ellas, y elegir un camino seguro para perseguirle era un albur.

Walter, que se había lanzado tras él a todo correr, le alcanzó registrando las grietas más cercanas y preguntó:

—¿Nada, King?

—¡Nada, maldito sea su corazón! El cobarde conoce esto palmo a palmo y había elegido bien el lugar para escabullirse en caso de peligro. Es un enemigo de cuidado que nos va a dar mucho que hacer.

Al grupo se había unido el otro peón y los tres se hallaban perplejos sin saber qué decisión tomar.

Walter, preocupado, afirmó:

—Yo creo que esto no tiene nada que ver con lo tuyo, King. Apostarla que es obra de Lany que no me perdona el puñetazo que le he dado. Debió fijarse en que no teníamos los caballos y nos ha esperado aquí para vengarse. ¡Es un cobarde!

King protestó:

—No lo creo. A Lany le quitaste el revólver y lo arrojaste a un rincón del patio. ¿Cómo pudo disparar sin armas?

—¿Tú crees que Lany es de los que sólo llevan un *Colt*? Siempre va bien armado con armas ocultas. Apostaría la mano derecha a que ha sido obra de él, pero te juro que como no se largue inmediatamente del pueblo le voy a freír a tiros.

King no se conformaba con la teoría de su compañero, pero éste insistió:

—Creo estar seguro. A ti te han disparado con rifle y lo que ahora se ha usado es revólver.

—No sé... quisiera creerte, pero no debo fiarme de nada...

—En fin, vámonos. Ya nada tenemos que hacer aquí.

Volvieron por la senda a recoger sus caballos. Solamente el de su compañero había sufrido la fractura de una pata y hubo que trasladarlo con sumo cuidado para llevarle al rancho y proceder a su curación.

Y así terminaron por aquella movida noche, las peligrosas gestiones que el tozudo King había iniciado tan trágicamente.

CAPITULO V

UNA ENTREVISTA VIOLENTA



OL King pasó la noche preocupado con el incidente. A pesar de la convicción de su compañero, no estaba muy seguro de que éste hubiese acertado en sus hipótesis y todo lo relacionaba con el desesperado propósito de cortar toda investigación por su parte, para llegar al descubrimiento de los abigeos y asesinos de su padre.

Una incógnita se le presentaba siempre ante la vista como un horizonte cerrado: ¿Por qué todo había de concentrarse en aquel determinado lugar? ¿Acaso los ladrones de ganados tenían allí cerca su madriguera y temían que fuese descubierta? Esta sospecha iba tomando cuerpo en la mente del joven y se prometió no sólo extremar sus pesquisas, sino proceder de la manera que nadie descubriese que pensaba internarse por el monte y vivir entre sus grietas hasta localizar algo que le aclarase el enigma.

Al día siguiente decidió visitar a Slim. La noche anterior había desistido de la visita por considerar la hora intempestiva, pero no renunciaba a interrogar al ranchero a ver sí éste era más explícito que Linck.

Cuando se dirigía a la montaña, la grácil silueta de un jinete descendía por la senda de los ranchos al llano, y al fijar sus ojos en ella sufrió un conato de nerviosismo. Se trataba de Magde, la hija del ranchero, la cual, amazona sobre un precioso caballo bayo de notable alzada, se dirigía al valle seguida de un enorme perro de largas orejas y finas patas.

King estimó que no debía rehuir el encuentro y cortó el camino hasta cruzarse con ella.

La joven, vestida con una falda corta que dejaba adivinar la gracia de sus piernas ajustadas por las altas botas de montar y luciendo una chaquetilla adornada con bordados de colores, parecía una reina a lomos de su montura, y King no pudo menos de admirar su atractivo porte y el fulgor de sus ojos negros y profundos velados por las graciosas alas del sombrero vaquero.

—¡Oh!... Buenos días, señor King— exclamó la joven al verle—. ¿Dónde camina usted tan de mañana por estos lugares?

Sol se quitó el sombrero galantemente, diciendo:

—Buenos días, señorita Magde. Iba al rancho de su padre.

—¿A nuestro rancho? ¿Deseaba usted algo?

—Sí, quería hablar un rato con su papá.

—Pues... sí esperase usted un ratito se lo agradecería. Mi padre pasó muy mala noche y se durmió muy de madrugada. Si le es a usted igual retardar la visita un par de horas...

—¡Oh! Claro que sí. Ignoraba que...

—No tiene importancia. Papá anda muy disgustado todo este tiempo atrás con las cosas que suceden en el valle. No está muy bien del corazón y todo esto le afecta mucho. ¿Por qué no me acompaña usted un ratito?

—Con muchísimo gusto, si eso no puede molestarle.

—Al contrario, me distraerá un rato. Salí a ver si cazaba algo junto a las acequias. Acuden muchas perdices y algunos patos salvajes.

King puso el caballo al lado del de la joven y, un poco ruborizado al verse en tan grata compañía, trató de no mostrarse zafio ante la muchacha, aunque para él resultaba un martirio, pues no estaba acostumbrado a tratar a las hijas de los grandes ganaderos.

—¿Qué le sucede a su papá?—preguntó-—. Yo no le he observado nada anormal. Me parecía que estaba bien de salud.

—No estaba mal; pero lleva una temporada muy preocupado con los negocios. Usted sabe que el año pasado fue malo de pastos. El ganado bajó mucho de peso y se vendió con pérdida... Luego tuvimos un conato de epidemia, es decir, él cree que no fue epidemia sino un acto de sabotaje. Las aguas de las charcas de nuestros pastos aparecieron corrompidas como si hubiesen vertido en ellas algo para envenenar el ganado. Se perdieron bastantes reses, y para final, los abigeos han dado buena cuenta de parte del hatajo. Esto le preocupa. Parece como si una mano invisible tratase de arruinarnos.

King la oía asombrado. Era la primera noticia que tenía del caso, pero conociendo la parquedad y aridez del ranchero no le extrañaba que ocultase para sí todas sus amarguras y fracasos.

Trató de decir algo cortés y repuso:

—No sabía nada. Créame que lamento mucho...

—¡Bah!... Con lamentar no se remedia nada. Lo principal es descubrir a esos miserables y castigarles, tanto por la ruina que están provocando entre los rancheros como por el crimen cobarde cometido en la persona de su padre.

Sol, con acento reconcentrado, dijo:

—Esa es mi firme voluntad y me he propuesto llevarla a feliz término. Precisamente por eso quería ver a su padre.

Ella abrió mucho sus hermosos ojos para mirarle y preguntó con curiosidad.

—¿Qué cree usted que puede hacer mi padre para ayudarle?

—Lo ignoro, pero sospecho que algo. En primer lugar quería preguntarle si la noche del crimen, oyeron disparos desde su rancho.

—¿Qué puede influir eso en el descubrimiento?

—Acaso algo. Si oyeron disparos a tales horas alguien pudo sentirse alarmado y salir del rancho a echar una ojeada... Podían haber visto a alguien sospechoso por los alrededores y este detalle sería muy útil.

Magde, después de un momento de silencio, repuso:

—Creo que no le va a poder ser a usted útil personalmente y yo tampoco. Mi padre no durmió esa noche en el rancho.

—¿Estaba fuera?

—Sí y no. Los sábados por la tarde, cuando el equipo baja al poblado, suele aprovechar hasta el lunes y se va por la sierra de caza. Ese día estuvo en la parte conocida por Cañón de los Ecos y cazó un oso pequeño que se trajo a casa. Si usted conoce el Cañón sabrá que se halla muy alejado del lugar donde atentaron contra la vida de su padre.

—Sí, le conozco—afirmó King.

—En cuanto a mí, no oí nada. Me acosté un poco cansada de correr a caballo y me dormí en seguida. No sé si los muchachos oirían algo, pero podemos preguntárselo.

—Yo agradeceré mucho a su padre que lo indague.

Ella, después de una pausa, agregó:

—Quien quizá haya oído algo es nuestro vecino Lynck. Su rancho está más próximo a aquel lugar.

—Ya le he preguntado y dice no haber oído nada. Ha quedado en interrogar a sus peones.

La muchacha iba a decir algo, pero se arrepintió; y Sol que había captado el gesto, exclamó:

—¿Por qué se detiene? ¿Qué iba usted a decir?

—¡Oh, nada de particular!—repuso evasiva, enrojeciendo súbitamente.

Pero él, tozudo, adivinando que de aquello que la muchacha callaba podía extraer algo útil, insistió:

—¿Por qué no me lo dice? No me hará usted quedarme con la duda de que iba a revelarme algo grave y se ha arrepentido.

Magde, reaccionando, exclamó con firmeza:

—¡No, por Dios, no sea mal pensado! Me arrepentí de lo que iba a decirle, porque no quise que pensara que todo nacía de las viejas rencillas de Lynck con mi padre. Para que no piense mal le diré lo que pretendía callar: No se fie usted mucho de lo que los peones de Jess puedan decir o puedan callar. No me parece buena gente.

—¿Era eso?

—Sí, pero como no quiero echar leña al fuego, por eso me arrepentí… Fue un impulso tonto y no quiero que…

—No se preocupe. Tengo mi opinión personal sobre todos los equipos, donde hay de todo. Yo no quiero aparentar ser mejor que en realidad soy, pero no creo que ganen nada ocultándome una cosa tan pueril.

—Sí, porque a lo mejor creen que usted sospecha que ellos saben algo que callan. Tengo la seguridad de que dirán que no oyeron nada aunque lo hayan oído.

—Veo que no tiene usted mucho cariño a los hombres de Jess.

—No. ¿Por qué se lo voy a tener? Hace algún tiempo apareció rota la cerca de espino que él puso delimitando los pastos. Mi padre estaba muy contento con ella, porque así se evitaba que las reses se pasasen de un rancho a otro.

Lynck culpó a los hombres de nuestro rancho de haberla roto y de haber hecho desaparecer algunas reses, cuando en realidad a nosotros nos faltaron, por lo menos, treinta. Le juro a usted que es la verdad y que en nuestros pastos no apareció ni un añojo de Lynck.

—¿Qué, cree usted que a él no le faltó res alguna?

—No. No afirmaré tal, pero si en verdad a él le faltaron y puede que tuviera razón, alguien se llevó las de los dos y yo pondría las manos en el fuego por nuestros peones. En cambio no la hubiese puesto por alguno de los suyos, y en particular por Lany Mackay, su capataz.

—¿No le parece a usted buen sujeto?

—¿Lo es acaso? Es un miserable y un grosero… No lo digo por mi precisamente, porque aunque modesta, estoy muy por encima de su baba de caracol; pero sí por otras muchachas de Fine, a las que sé que ha ofendido groseramente. Un día estuvo en casa no sé con qué pretexto. Creo que a discutir el asunto de la desaparición de algunas reses… No estaba mi padre; trató de mostrarse gracioso o galante a su manera y tuve que amenazarle con una pistola… Más tarde, no me atrevería a jurar que fue Lany, pero algunas cosas habían desaparecido del despacho de mi padre mientras estuvo solo dentro de él.

—Pero ya no está Lany en el rancho de Jess. Le ha despedido.

—¡Ya era hora! Yo tengo que dudar de la capacidad de Lynck o

de su rectitud, cuando le ha soportado tanto tiempo al frente de su equipo. Cuando un equipo es decente no tolera un capataz de su calaña, y si le tolera, es porque todos están a tono con él.

La muchacha se expresaba con tal indignación que King estimó que se hallaba soliviantada por algo que el osado capataz había llevado a cabo con ella. Por lo demás, creía exagerados sus juicios, pues a los *cowboys* se les podía pedir muchas cosas, pero no que fuesen santos precisamente.

De todas suertes estaba recogiendo datos muy expresivos que debería pesar y desmenuzar, por si de ellos se derivaba algo sustancioso que le orientase en sus pesquisas.

Distraídos con la conversación habían ganado las acequias. Estas, al otro lado del valle, habían sido construidas por algunos granjeros para practicar un sistema de riegos más fructíferos, y rodeadas de frondosos árboles resultaban un lugar delicioso para el descanso y la caza.

Magde se detuvo y, apeándose del caballo antes de que él tuviese tiempo a ayudarla, se sentó al borde de una de las acequias con el rifle en la mano.

—¿Tira usted bien?—preguntó Sol sentándose a su lado.

—No lo hago muy mal—afirmó ella.

King tomó el rifle, examinándole. Era un «Winchester» último modelo, y parecía un arma excelente.

—Usa usted un buen rifle—aseguró.

—No es malo. Me lo regaló mi papá hace dos años, cuando estuvo en Salt Lake City. Antes usaba un «Springfield» bastante seguro, pero más pesado. Este me gusta más.

King, al oír la marca del rifle, se envaró y sin poner calor alguno en el tono de su voz comentó:

—¿Un «Springfield»? No parece un arma muy práctica ya...

—Realmente está anticuado, pero no era malo. Mi papá lo ha usado mucho y, después de regalarme éste, se quedó con él para su uso. Lo maneja con mucha seguridad.

—¿Y aún lo usa?—preguntó Sol, tratando de ocultar su emoción al hacer la pregunta.

—Creo que sí, aunque hace algún tiempo que no se lo he visto. Debe tenerlo por algún rincón del rancho. Como posee tres, a veces los alterna.

Sol, preso de una nerviosidad que no acertaba a disimular, mordió con fuerza una ramita de pino que había cogido y, después de un momento de silencio, dijo:

—No he usado nunca esa clase de rifles ni he visto en el poblado ninguno. ¿Usted sabe si alguien más posee esa marca?

—Lo ignoro. Mi padre asegura que hace algunos años todos los

rancheros de aquí lo llevaban en su silla. Estuvo de moda poco después de la guerra; pero las armas modernas lo han desterrado.

Sol estimó que ya había apurado el tema y que no debía insistir sobre él. Había localizado un rifle «Springfield» y tenía que seguirle la pista hasta convencerse de que de su cañón no había salido la bala homicida que eliminó a su padre.

Pretextando un quehacer urgente decidió despedirse de la muchacha. Ahora más que nunca le urgía hablar con Lee, y lo haría antes de que su hija regresase y le pusiese en autos de la conversación que habían sostenido.

Había dos hechos sospechosos que debía dejar aclarados: Uno, el que Lee se hallase ausente del rancho precisamente la noche que murió su padre; y otro, la posesión de aquel rifle que pudo haber sido usado aquella noche fatal para tan cobarde crimen.

Había algo que no encajaba en su posible teoría, y era el motivo que el ranchero podía tener para matar al *sheriff*. Parecían buenos amigos y jamás se produjo entre ellos el más leve roce; pero existía por medio, la desaparición del ganado, y esto era motivo suficiente para tratar de eliminar al que intentase aclarar aquel feo asunto, aunque fuese el mejor amigo del ladrón de reses.

Sintiendo que sus sienes ardían a causa de la fiebre que le producía ponderar y barajar todos estos datos, se levantó y, tendiendo su mano a la joven, dijo:

—Lo siento, pero debo dejarla. Usted necesita distraerse cazando y yo también… aunque la caza a mí destinada sea más peligrosa y menos agradable.

Ella correspondió al saludo afirmando:

—Usted sabe que se le aprecia, señor King. Mi padre siempre habló muy bien de usted y, aunque no es muy amigo de elogios ni de censuras, nunca anduvo remiso en los primeros tratándose de usted. Venga por el rancho alguna vez, que ya sabe será bien recibido.

—Muchas gracias. Le prometo visitarles todo lo asiduamente que me sea posible. Buenos días, señorita Magde.

Montó a caballo y partió al galope dejando a la muchacha al borde de la acequia. Por dos veces sintió tentación de volver la cabeza para contemplar por última vez su fina y atrayente silueta; pero, dominado por un sentimiento de prevención contra Lee, se abstuvo, no sin hacer para ello un gran esfuerzo.

Tan rápido como su caballo pudo llegar al rancho, se presentó en él pidiendo hablar con Lee. Este se acababa de levantar y, extrañado por tan tempranera visita, accedió a recibirle sin demora alguna.

Cortés, pero seco, le tendió la mano diciendo:

—Bien venido seas a este rancho, King. ¿Qué te trae tan de mañana?

—Quería cambiar con usted un rato de charla. Vine antes, pero me encontré a su hija en el camino y me advirtió que aún estaba usted en cama. Por eso he demorado la visita.

—¿Tanto te urgía verme, muchacho? En efecto, acabo de levantarme, porque no me encuentro muy bien. Tú dirás en que puedo serte útil.

—Hay algo que le iba a preguntar, pero su hija se ha anticipado a contestar a ello negativamente. Estoy interesado en saber si alguien oyó tiros la noche del crimen, pero la señorita Magde me ha advertido que usted estuvo de caza en el Cañón de los Ecos y que no pudo oírlos.

—En efecto; marché el sábado por la tarde y llegué el lunes por la mañana. Siento no poder satisfacer tu curiosidad.

—¿No cree usted que alguno de sus peones haya podido oírlos?

—No... Y te adelantaré que yo, intrigado por el hecho, les he interrogado y ninguno oyó nada. Aseguran que la distancia es bastante grande y que, a causa de la inquietud del ganado esa noche, los mugidos de las reses no permitían captar el eco de un disparo que, aun en noche de calma, hubiese llegado muy apagado.

Sol inició una mueca de disgusto comentando.

—Sí; por lo visto aquella noche el ganado de todos los ranchos estaba de acuerdo con los asesinos para protegerles.

—¿Por qué lo dices, Sol?—preguntó con duro acento Lee.

—Porque tampoco el señor Lynck oyó nada... Nadie oyó nada aunque se disparó a poca distancia de todos.

—Es mala suerte; pero no creo que eso signifique pista alguna. Hay muchos motivos plausibles para disparar tiros en la sierra y quizá, aun oyéndolos, no hubiesen hecho caso de ellos.



A mi padre le mataron con una bala disparada con un rifle de esa marca... ¿Tiene usted algo que decirme sobre ello?...

—Es posible.

—¿Era eso todo lo que querías de mí?

Sol, que se estaba dejando dominar por una cólera sorda ante aquella barrera invisible que se alzaba ante él para impedirle cumplir su sagrada misión, respondió:

—No... Hay algo más. Si no estoy mal informado, usted posee un rifle «Springfield». ¿No es así?

—¿A qué obedece la pregunta?

En lugar de responder directamente, insistió:

—¿Sabe usted de mucha gente en Pine que posea rifles de esa marca?

—No. Realmente no me ocupo de investigar lo que cada uno posee. Hace algunos años eran aquí muy corrientes. Los teníamos muchos rancheros y peones, pero el «Winchester» lo desterró como menos pesado y más práctico, y los fuimos cambiando o arrumbando. No sé quién puede conservar tales armas.

—Pero usted sí conserva uno.

Slim se sintió molesto del tono inquisitivo de Sol y replicó:

—No sé por qué te he de contestar si no me explicas el motivo de la pregunta. Tu padre era *sheriff* con derecho a verificar ciertos interrogatorios; tú, no.

—¡Oh, claro! Es cierto. Pero yo soy hijo de un *sheriff* asesinado por tratar de defender los intereses ajenos. ¿No le dice a usted eso nada?

—Más que tú te figuras, Sol; pero es deprimente una pregunta

tan capciosa sin una explicación leal.

—¿La necesitas? Pues se la daré tan leal como salvaje... A mi padre le mataron con una bala disparada con un rifle de esa marca. ¿Tiene usted algo que decir sobre ello?

—No. Ignoraba el detalle; pero ¿qué relación puede tener el que yo precisamente posea un rifle «Springfield» y que a tu padre le hayan matado con uno igual?

—¿No ha de tenerla? Todo el que posea en Pine un rifle semejante tiene que justificarme su uso. ¿Por qué va a ser usted una excepción?

—¿Es que entro en el círculo de sospechosos?—, preguntó el ranchero con ironía.

—Para mí, lo son todos. ¿En quién puedo creer ni confiar, si nadie hace nada por ayudarme y si todo lo contrario? A mi padre lo han asesinado a poca distancia de estos ranchos y nadie ha oído nada ni ha visto nada; el ganado desaparece y no puede desaparecer más que por la sierra, y nadie sabe nada tampoco. Se acusan unos a otros de ser víctimas del abigeo y nadie sabe a ciencia cierta si es verdad que a todos les faltan reses o hay quien se las da de víctima para justificarse a los ojos ajenos. Quien comete los robos es gente enterada de la mejor forma de cometerlos y de la mejor también de hacerlo desaparecer y nadie ha intentado localizar a los ladrones ni averiguar por dónde se «abolla» el ganado. Se usan rifles «Springfield» para eliminar al único hombre decente que trató de evitar los robos y descubrir a los ladrones y se insiste en disparar con rifle sobre el hijo de la víctima cuando éste trata de vengar a su padre y ayudar a las personas honradas. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién es en verdad la víctima y quién el expoliador? ¿A quién le interesa que esto no se descubran y a quién sí?... Ahora conteste satisfactoriamente a estas preguntas, y si soy un difamador estoy dispuesto a sufrir el castigo merecido.

Lee, que le escuchaba en silencio, se volvió, contestando:

—Bien, King. Me sitúo en tu lugar y comprendo tu punto de vista. Cuando la rabia o la pasión ciegan no se salvan del incendio las personas honradas, por muy garantizada que tengan su honradez. Tienes derecho a lanzar esas acusaciones en general y a sospechar en particular de todos y de cada uno. Hay hechos muy oscuros que por su oscuridad nos envuelven a todos. No puedo exigirte que hagas una luz especial para mirarme a mí y me conformo con tus puntos de vista. Eres Sol King, hijo de George, que fue un hombre a quien yo he admirado y querido; por tu padre, por ti que eres su hijo, pero no por tus veladas amenazas que no me afectan, voy a contestar a tu pregunta, aunque sé que voy a defraudarte con ella. Es cierto que yo poseía un rifle «Springfield»,

pero ya no lo tengo.

—¿Cómo? ¿Lo ha vendido usted?

—No. Me ha desaparecido de mi despacho sin saber cómo ni cuándo.

Sol boceto una sonrisa incrédula y replicó:

—¿Tan fácil es robarle a usted los efectos de su propio despacho y tan poco de fiar es el personal a sus órdenes?

—No sé si será de fiar o no. Yo tengo confianza absoluta en él y no sospecho de nadie. Sin embargo, el hecho es que ha desaparecido.

—¿Hace mucho tiempo?

—Pues, seguro no lo sé; pero, desde luego, hace más de un mes. Desde esa fecha lo he echado de menos.

—¿Y no tiene la menor idea de quién pueda haber sido el ladrón?

—Mentirla si dijese que no he sospechado; pero siendo imposible probarlo, me abstengo en insinuar acusación alguna.

Sol, en quien la duda habla prendido fuertemente, insinuó:

—¿Acaso quiere decir que el autor de la sustracción haya sido Lany, el capataz de Linck?

El ranchero se volvió diciendo:

—¿Quién le ha dicho a usted eso? Yo no he insinuado nada....

—Fue su hija la que sospecha de él.

—Mi hija no puede sospechar nada, porque yo no le he dado cuenta de la desaparición del rifle.

—Bien, pero le achaca la falta de algunas otras cosas... Quizá entre ella estuviese el arma.

Slim, impaciente, se volvió diciendo:

—Escucha, Sol; creo que estamos perdiendo un tiempo precioso. Te he dicho que el rifle desapareció y basta. Sí lo crees, bien; si no lo crees, igual. De las cosas que pasan en mi rancho me ocupo yo solo. Ahora si tienes algún fundamento para suponer que es el arma con que han matado a tu padre, demuéstralo; y después acúsame si quieres.

King extrajo del bolsillo el proyectil que había recogido en el gramal y, mostrándoselo, preguntó:

—¿Cree usted que este proyectil puede pertenecer a su rifle?

El ranchero lo examinó, replicando:

—Creo que encajaría bien en él. Es del mismo calibre...

King guardó el vacío cartucho, preguntando:

—¿No tiene usted más que decirme?

—¡No!

—Bien. Me reservo mi opinión. Busco al asesino de mi padre y lo he de encontrar. No se extrañe si hago que le citen para explicar

esa sospechosa desaparición.

Y con un gesto brusco, recogió su sombrero y abandonó el despacho dando un violento portazo.

CAPITULO VI

UNA VOTACION DRAMATICA



pesar de las horribles dudas que laceraban su alma King se abstuvo de dar cuenta a nadie de su áspera conversación con el ranchero. Por un momento estuvo tentado de comunicar sus impresiones a Crow y a Sandy, su patrón; pero recordando que ambos eran amigos de él y que tenían una opinión muy favorable del agrio ganadero no quiso exponerse a que ambos tratasen de influenciarle con sus opiniones, desviándole del camino recto que se había trazado.

Seguiría haciendo indagaciones y quién sabía si algún día todos los cabos sueltos podían anudarse y salir de ellos algo más claro y más afirmativo.

Entretanto, la elección del nuevo *sheriff* se acercaba y Sol se entrevistó con los dos candidatos, para sondearles y sacar una impresión sobre la ayuda que ambos podían ofrecerle.

De su entrevista con Impey no sacó una impresión muy favorable. El candidato del juez y de Lee se limitó a decirle que él no intentaba coaccionar a nadie para lograr un voto. Mientras sólo fuese un aspirante se limitaba a prometer cumplir en su cargo dignamente y a poner de su parte cuanto estuviese al alcance de su mano para imponer el orden y la justicia, pero de allí no podía pasar.

En cuanto a Rich, a quien tuvo que ir a buscar a «La Flor del Valle», donde se hallaba entregado a la dulce tarea de vaciar una buena botella de *whisky*, se mostró más locuaz y prometedor. Le ayudaría a buscar a los abigeos, aunque tuviesen que registrar la cordillera desde el monte Walley al Iron, y descubrirían no sólo a los asesinos sino su guarida, el lugar por donde desaparecía el ganado y cuanto había que descubrir.

Sol salió satisfecho de la entrevista y se prometió votarle. Rich era valiente y tendría en él un buen auxiliar para tamaña empresa.

A pesar de todo no le comunicó sus sospechas ni quiso insinuar nada. Hasta que no le viese luciendo al pecho la estrella que antes

luciera su padre no era preciso echar las campanas al vuelo ni prodigar cosas que no tenían más fundamento que una sospecha.

El domingo, día de la votación, el pueblo parecía un hervidero de gente. Los rancheros y peones de todo el valle y la sierra, adscritos a Pine, se habían volcado para emitir su voto, y todo prometía que sería una lucha reñida, pues ambos candidatos estaban expuestos al flujo y reflujo de la influencia que gozaban en Pine los dos más fuertes rancheros allí establecidos.

Sol se pasó casi todo el día rondando los alrededores del Ayuntamiento, donde debía celebrarse la votación. Quería estudiar a la gente, escrutar sus rostros, seguir de cerca sus movimientos y conversaciones y controlar las caras nuevas que pudiese encontrar en el valle, pues esto era muy importante, ya que a veces solían caer por los poblados, indeseables venidos Dios sabía de dónde, para sembrar la cizaña y el latrocinio en lugares tan apacibles como Pine.

Desde muy temprano, los peones acudieron a votar. Lo hacían por equipos, a veces, siguiendo a su patrón, el que parecía guiarles como a un hatajo de reses, y por la clase de ranchero que les conducía, se calculaba para quién serían los votos, y en esta lucha apasionada, pero sorda, se pasó parte de la mañana.

Mediado el día, Sol descubrió a Lee avanzando hacia la puerta del Ayuntamiento. Acudía solo y para nada parecía influir en la decisión de sus hombres.

Saludó con un gesto cortés a King y, después de votar, desapareció sin hacer comentario alguno.

Poco más tarde era Lynck el que se presentaba. Le rodeaban todos sus peones y parecía un padre de familia conduciéndoles a una fiesta.

Saludó afablemente a Sol, diciendo:

—¿Qué hay, muchacho? ¿Cómo van esas pesquisas?

—Lo mismo. No hay nada nuevo...

—Lo habrá, no te preocupes. Si triunfa Rich, ése te ayudará eficazmente. Es un hombre de temple y está muy interesado en cubrirse de gloria en este asunto.

Se internó en el Ayuntamiento y mientras votaba, hizo su aparición Rich, su candidato.

Desde una legua se le notaba que había bebido; pero se mantenía erguido y arrogante, balanceando amenazadoramente sus pistoleras y mirando a todos con gesto de triunfador.

Al descubrir a Sol, se dirigió a él diciendo:

—Ya estamos aquí, muchacho. Yo también vengo a votar. Tengo un derecho a hacerlo y voy a votarme, porque votándome elegiré al mejor *sheriff* que tuvo jamás este pueblo.

Sol se sintió molesto por la fanfarronada y aclaró:

—Después que mi padre, puede ser.

—¡Oh, claro!—se apresuró a rectificar Rich—he querido decir el mejor *sheriff* que puede tener Pine. ¡Ya lo verás, muchacho, ya lo verás!

Y Rich reía de una manera sonora y brutal, balanceando las pistoleras con gesto amenazador.

Al avanzar hacia la puerta clavó sus rojizos ojos en la figura de su contrincante que, apoyado en el quicio, contemplaba sonriendo irónicamente al retador aspirante a *sheriff* y, encarándose con él, gruñó:

—¡Hola, Impey!… ¿Estás esperando que salgan a buscarte para prenderte la estrella al pecho? Pues retírate a descansar, que tienes para un rato. Desde mañana no habrá más *sheriff* en Pine que yo y os voy a demostrar cómo se cumple en el cargo.

—¿Qué harás, Rich? Dímelo por si me interesa votar por ti. ¿Piensas acaso cerrar las tabernas del poblado?

Rich se irguió furioso afirmando:

—¡Pues sí, lo haré! Yo me he despedido hoy de beber y las cerraré para que todos estos *cowboys* borrachines no se embriaguen y armen camorra o se den al abigeo. ¿Serías tú capaz de hacer lo mismo?

—Yo no, Rich—afirmó Impey—. ¿Qué iba a ser de ti si yo cerrase las tabernas cuando no sabes hacer otra cosa útil?

Rich, muy enfadado al oír la afirmación, que provocó grandes carcajadas entre los presentes, se dio a lanzar amenazas y a hacer promesas exóticas, hasta que apareció Lynck, el cual, al descubrirle en aquel estado, se acercó a él y, tomándole por el brazo, rugió al tiempo que le agitaba como a un muñeco:

—¿Estás loco, Rich? ¿Crees que esa es manera de comportarse para convencer a la gente y ganar una elección?

—¡Al diablo con las conveniencias, patrón!—gruñó Rich, tratando de zafarse de la presión—. Es cierto que he bebido una buena botella, pero para despedirme de la bebida… Desde mañana seré otro hombre y haré lo que usted quiera que haga, pues para eso es usted el amo en Pine. Estos haraganes andarán más derechos que una vela y en cuanto a Impey… que se despida de minarme el terreno, porque lo pasará muy mal. Ya sé que ha prometido hacer más que yo para descubrir a los abigeos; pero eso… ¡Ja!… ¡Ja!… Tiene muy poca talla para conseguirlo él… ¿No es cierto, patrón?

Lynck, furioso, le dio un tremendo empujón, haciéndole caer de bruces en el suelo y, acompañando el gesto a la acción, le administró un soberbio puntapié al tiempo que rugía:

—¡Eres un asno, Rich!… Me pones en evidencia por haber

confiado en ti, patrocinando tu candidatura... ¡El mayor beneficio que puedo recibir es que salgas derrotado!

Y echando lumbre por los ojos se retiró de allí seguido de la turbia mirada del beodo, el cual, sentado en el suelo, le hacía burla con la mano apoyada en la nariz, al tiempo que rezongaba:

—¡Bueno!... ¡A otro perro con ese hueso!... Ya sé yo que si saliese derrotado te ibas a tirar de ese bigote de ratón que tienes... ¡Si lo sabré yo!...

E incorporándose con mucho trabajo logró mantener el equilibrio y penetrar en el Ayuntamiento.

El incidente sirvió para romper un tanto la monótona espera del resultado de la votación. Había mucha gente interesada en conocer el escrutinio y los alrededores del centro electoral hallábanse muy concurridos.

King, sin saber por qué, sentíase también atraído por la expectación reinante. Presentía que de ella se iban a derivar muchas cosas para el futuro, aunque sentía un amargo sabor de boca al ponderar el bochornoso espectáculo que acababa de dar Rich delante de docenas de electores.

¿Qué ayuda podía esperar de un hombre entregado a tan denigrante vicio, a pesar de las promesas que le había hecho?

Ahora sentía asco por haberle entregado su voto y ponía sus esperanzas en Impey, aunque también sentía ciertas reservas hacia él, por el modo evasivo y poco caluroso con que le había acogido cuando se decidió a abordarle, preguntándole qué clase de auxilio estaba dispuesto a prestarle.

Una sorda irritación se iba apoderando del joven a medida que el tiempo transcurriría lentamente. Eran muchas las preocupaciones y las incógnitas que se revolvían en su mente al estudiar su situación presente y futura, y sus nervios, de por sí tremantes, se hallaban próximos a saltar.

Entretanto, el equipo de Lee había votado sin ruido ni alharacas, retirándose inmediatamente del lugar de la votación, y más tarde había visto pasar a su patrón Sandy, seguido de sus compañeros de equipo, aunque éstos se presentaron por separado.

Los grupos habían ido engrosando. Algunos peones prefirieron irse a «La Flor del Valle» o «Al *Cowboy* de Utah» a beber y a esperar allí el resultado del escrutinio; pero otros se habían quedado deambulando por las inmediaciones de la plaza, luciendo sus atuendos domingueros y chicoleando a las mozas que, por grupos, cogidas del brazo, paseaban provocativas encendiendo los ojos de los peones.

Se acercaban las cuatro, hora de cerrar la votación, cuando King sintió un estremecimiento involuntario agitando todo su cuerpo, al

descubrir entre los grupos una silueta alta, maciza y provocativa, que avanzaba balanceándose grotescamente al andar, como si la falta de un caballo entre sus arqueadas piernas fuese para él un tormento insoportable.

Se trataba de Lany, el ex capataz de Lynck, y Sol, al descubrirle, sintió que toda su rabia se localizaba sobre aquel sujeto fanfarrón y estirado, cuya conducta de la noche de su visita al rancho resultaba una incógnita para él.

Aquel mozo estúpido había complicado la situación de una manera absurda. Las sospechas de Walter sobre su posible intervención en el atentado que sufrieron en la senda, aparte de resultarle una cobardía digna de un justo castigo, le sumía en un mar de confusiones, pues ahora no estaba seguro de si aquel incidente trágico se lo debían a él, o era también obra anónima y misteriosa de los asesinos de su padre.

Rabioso, se envaró al verle avanzar, y Lany, por su parte, al descubrirle hizo un gesto agrio y le miró de una manera tan especial que Sol no acertó a interpretar aquella mirada.

Por un lado le pareció de burla compasiva; por otro, de odio reconcentrado y, afinando más, de mudo desafío; y no pudiendo tolerarla se estiró esperando que pasase por su lado.

Conforme avanzaba, King le examinaba de pies a cabeza y, al clavar sus ojos en la flexible cintura del vaquero, descubrió a simple vista que la culata del revólver que lucía al cinto no era precisamente la del que Walter le había despojado arrojándolo a un rincón del patio.

Esto le recordó la advertencia de su compañero. Lany era un cobarde que se proveía de un oculto arsenal para «madrugar» en cualquier pelea y debía estar prevenido contra él.

Por otra parte se acordaba de las manifestaciones de Magde, de las reservas de Lee con respecto al robo del rifle «Springfield» y, aunando todos estos datos, se sintió acometido del vehemente deseo de ponerlos en claro. Apoyó con negligencia su mano derecha en la culata del «Colt» y, corriéndose un poco, medio obstruyó la entrada.

Lany frunció el entrecejo al observar la maniobra, pero advirtiendo la posición de la mano de Sol, quiso hacerse el distraído y pasar por el estrecho hueco que el muchacho había dejado libre, más no lo consiguió. King se le puso delante y, con cierta ironía en la voz, preguntó:

—¿Estás ya mejor, Lany?... Parece que tienes el rostro más arrebatador.

El ex capataz sintió un pinchazo de rabia en el pecho al ponderar la burla v preguntó con voz que temblaba por la ira:

—¿Tienes algo especial que decirme? Si es así, desembucha y no

andes con rodeos.

Su acento era fuerte y agresivo y, al oírle, varios vaqueros volvieron la cabeza adivinando que algo imprevisto se estaba incubando.

Sol, sin perder la serenidad, indicó con la mano izquierda la pistolera de su interlocutor, afirmando:

—Veo que llevas hoy un precioso revólver: un buen 45, que no es precisamente el que lucías la otra tarde cuando Walter te zurró la badana... ¿De dónde has sacado esa preciosa «ferretería»?

Lany, ahogado por la ira, barbotó:

—Si tienes que alegar algo sobre el revólver, dilo. ¿Acaso pretendes acusarme de habértelo robado?

—¡No, por cierto!... Puedo jurar que jamás me ha pertenecido.

—Entonces...

—Eso no quiere decir que no pueda haber pertenecido a otro que no seas tú... Me he informado que acostumbras a distraerte ligeramente cuando te encuentras al alcance de cosas que te agradan y...

Lany, fuera de sí, hizo un rapidísimo movimiento para sacar el arma, pero ya la de Sol le tenía encañonado por el vientre, cortando el viaje:

—No llagas tonterías, Lany. ¿No te das cuenta que te puedes dejar los dedos clavados en el vientre?

—¿Era ése tu juego?—rugió el ex mayoral—. ¿No te conformas con que la otra noche me agrediese por sorpresa tu compañero, sino que ahora madrugas cobardemente para evadir el peligro? ¿Por qué buscas pelea conmigo y por qué tienes miedo a luchar sin ventaja?

King, de un imprevisto tirón, arrancó el arma del cinto de Lany y se la entregó a uno de sus compañeros de equipo, que se había puesto a su lado al oír las primeras voces. Luego se desciñó el cinto, quedando desarmado y acercándose a Lany, afirmó con duro acento:

—Luego te demostraré si rehuyó peleas o tengo miedo... Miedo sí, pero es a ser agredido a traición como lo fui la otra noche sin defensa posible. Cara a cara, no tengo pánico ni a ti ni a ningún pistolero de tu condición. Ahora escucha, que te tengo que preguntar algo muy interesante, advirtiéndote que como no me contestes a satisfacción, te voy a estar dando puñetazos hasta que no te quede en la boca ni un fragmento de lengua.

Los curiosos se habían arremolinado en tomo a los dos rivales, conteniendo el aliento para no perder una palabra de tan agria discusión. Adivinaban que algo muy grave debía animar a King para proceder de aquella manera tan aguda y espectacular, y se disponían a presenciar una de las más emocionantes luchas que

habíanse desarrollado en Pine hacía mucho tiempo.

Los compañeros de King sonreían divertidos ante el gesto fosco y avinagrado de Lany. Objeto de sus antipatías, se alegraban de cuanto malo pudiese sucederle y, entre ellos, Walter era el más divertido, aunque interiormente rabiaba por no ser él quien tuviese la ocasión de saldar la deuda que desde hacía unas noches tenía pendiente con el impopular ex capataz.

En cambio, parte del equipo de Lynck, que también se encontraba allí, miraba hostilmente a Sol. Se adivinaba que Lany gozaba de simpatías entre sus antiguos compañeros, y de vez en vez les miraba de modo elocuente, como si invocase una ayuda que tanto necesitaba.

Pero a pesar de su gesto hosco, nadie osaba intervenir. Rendían culto apasionado a las leyes del Oeste y comprendían que hasta el momento nada tenían que reprochar a King.

Este, con acento silbante, preguntó:

—¿Dónde te fuiste la otra noche cuando abandonaste el rancho de tu ex patrón con los labios hinchados y la cabeza llena de ruido?

—¿A ti qué te importa?—rugió Lany—. ¿Quién eres tú para interrogarme sobre mis actos? ¿Acaso te crees el nuevo *sheriff*?

—No, pero tengo derecho a saberlo. Lanzaste una amenaza idiota y poco tiempo después éramos agredidos cobardemente lanzándonos un enorme pedrusco desde un farellón al cruzar la senda de la barranca.

—¿Tengo yo la culpa que las piedras pierdan el equilibrio cuando pasáis vosotros? A lo mejor es que se asustó de veros y se desprendió por el miedo...

—¿Y los tiros con que yo fui recibido cuando corrí a asegurarme también los disparó la piedra?

—¿Yo qué sé de eso? ¿Te olvidas que iba desarmado?

—Como ahora... Ya veo que no has necesitado volver al rancho en busca del revólver... Posees un excelente arsenal.

—Robado según tus insinuaciones...

—Pudiera ser... y ya que hablamos de robos de armas, ¿quieres decirme qué has hecho de un «Springfield» que sustrajiste del rancho del señor Lee el último día que recibieron tu grata visita?

Lany palideció al oír la acusación tan directa y, avanzando impetuoso, rugió:

—¿Quién me ha levantado semejante calumnia? ¿Yo qué sé de ese rifle ni de cuanto estás diciendo?

—¿Que no?... Yo te acuso de haber cometido sustracciones en el rancho de Lee y puedo aportar testigos que...

Lany, fuera de sí, estiró rapidísimo el puño y trató de cerrar la boca de su acusador con un terrible directo, pero Sol, que no le

perdía de vista y adivinaba que de un instante a otro se iba a producir en él tal reacción, flexionó el busto con la misma rapidez, y el brazo de Lany se estiró en el vacío, impulsándole hacia adelante hasta casi hacerle perder el equilibrio.

King aprovechó el fallo para aplicarle un directo en el pecho que le obligó a sostenerse como un contrapeso, y gritó:

—No te apresures, que tiempo tendrás de escupir sangre y muelas... Te acuso de ser un ladrón, un traidor y un asesino, y voy a machacarte para que no quedes en condiciones de repetirlo más.

Lany, ciego de ira, con los ojos enrojecidos y rechinando los dientes como una fiera, acusó el golpe y, frenético, volvió a lanzarse sobre su enemigo, dispuesto a triturarle con sus potentes puños.

La lucha amenazaba con ser algo desigual, pues mientras el ex capataz resultaba un hombre macizo, musculoso, ancho de pecho y recio de brazos, su enemigo era un tipo esbelto, espigado, estrecho de cintura y delgado de piernas, pero de músculos de hierro, muy trabajados y de una ligereza en los movimientos propia de un felino.

El corro se ensanchó y los dos rivales se acometieron con furor. Sol, más calmado después de aquel desahogo, se limitaba a esquivar los terribles golpes de su enemigo y a estudiar sus reacciones y juego de brazos, en espera de una ocasión propicia para colocar sus directos cortos pero contundentes.

Los que confiaron en que la fuerza bruta y ciega de Lany pudiese inclinar la balanza a su favor pronto se convencieron de que King no era un bizcocho fácil de digerir. El muchacho, elegante y ágil, se burlaba de las acometidas de recental de su contrincante y de vez en vez, le aplicaba un justo puñetazo en algún órgano vital, que obligaba al vaquero a lanzar rugidos de dolor e ira.

Lany, a medida que el combate avanzaba, demostraba la fatiga y el agobio. Entre la rabia y el excesivo movimiento, sus energías se agotaban, en tanto que su rival más calmoso, procuraba reservarse para los momentos finales.

De todas formas, ambos acusaban las huellas del feroz combate. El ex capataz presentaba el ojo derecho tumefacto a causa de un soberbio directo recibido en él; sus labios, cortados por otro puñetazo, sangraban en abundancia, y su respiración retumbaba como un tambor a consecuencia de los deprimentes golpes recibidos en él.

King había recibido en una ceja un puñetazo de refilón, resultando con ella partida, y de la oreja izquierda manaba un hilillo de sangre que manchaba su camisa amarilla, pero nada de aquello lo consideraba grave y mantenía su entereza y pujanza de golpe.

Su rival, dándose cuenta de que se encontraba en inferioridad de condiciones y de que no pasando mucho tiempo se hallaría peor, trató de forzar el resultado y en un supremo esfuerzo se lanzó en tromba sobre King dispuesto a deshacerlo aun a costa de recibir algún golpe terrible en el empeño.

Cuando el muchacho observó el ataque desesperado multiplicó sus esfuerzos para eludir el aluvión de golpes que se le venían encima y, con serenidad, esperó el momento propicio para asestarle el golpe definitivo.

Una de las veces el rostro de Lany se enfrentó con la trayectoria de su puño, y King aprovechó la coyuntura: el ex capataz recibió el golpe en plena boca y, de un salto, se retiró lanzando un ¡oh! trágico al tiempo que escupía sangre y dientes con desesperada rabia.

King, con los labios apretados exclamó:

—¿Me dirás ahora qué has hecho del «Springfield» que robaste en el rancho de Lee? Dilo, o te prometo no dejarte ni un átomo de lengua para que hables después.

Lany, ciego de ira, bajó la cabeza y se lanzó como un toro sobre Sol, tratando de clavársela en el pecho, pero el agredido pudo esquivar el golpe brutal y, elevando el puño de abajo hacia arriba, volvió a colocarlo en la boca de su enemigo.

Este, por la fuerza del impacto, retrocedió y luego se dejó caer de espaldas, revolcándose en tierra angustiosamente al tiempo que lanzaba gritos inarticulados.

Los curiosos se sintieron impresionados por la feroz pelea. Aquello era algo que no se había conocido en Pine y se preguntaban cuáles serían las intenciones de King respecto a su ya deshecho enemigo.

El joven se acercó a él y, dándole una patada, gritó:

—Levántate, cobarde, levántate y sigue peleando hasta que te salga el corazón por la boca. Pelea como los hombres, igual que atacas como los cobardes, o habla, pues si no te prometo triturarte aquí mismo.

Lany intentó incorporarse, pero no lo consiguió; estaba deshecho y sólo era un muñeco con un átomo de aliento. Sol, fuera de sí, seguía hostigándole a patadas, hasta que, de súbito, uno de los peones del rancho de Lynck saltó del grupo e, interponiéndose, tiró bruscamente de King, diciendo con gesto amenazador:

—¡Basta ya, Sol, eso no es de hombres! ¡Abusas de él porque está hecho un trapo!



King, de un imprevisto tirón, arrancó el arma del cinto de Lany...

El muchacho se revolvió airado y, sacudiéndose la presión con un gesto brusco que echó hacia atrás al vaquero, gritó:

—¿Qué te importan a ti los asuntos ajenos? ¡Métete en los tuyos y aparta o!...

El peón, juzgando a King manumitido de facultades, trató de sacudírsele de un puñetazo, pero antes de que su brazo le llegase al rostro, el suyo había recibido como un cañonazo la caricia del puño de Sol, proyectándole de espaldas en medio de la estupefacción de

todos.

Pero aquello fue como la gota de agua que hace rebosar el vaso. Los compañeros de equipo del peón se lanzaron en masa sobre Sol, al tiempo que los compañeros de éste, en guardia se interponían y daba comienzo a una lucha épica, en la que la fiereza de sangre del Oeste se manifestaba con todo su ímpetu salvaje.

Aquello se convirtió en un campo de batalla. De repente vibró un disparo, luego otro, se alzó un grito de dolor y rabia, y una ola de hombres enfebrecidos fluctuó de un lado para otro trágicamente.

En aquel momento Crow, el juez, seguido de James Red, el alcalde, salían a la plaza con un papel en la mano y, al darse cuenta de la tragedia que se avecinaba, Crow llamó a Impey que seguía con apasionamiento la pelea sin intervenir en ella y le gritó:

—¡Impey, por lo que más quieras, has sido elegido *sheriff*! ¿Te sientes ron fuerzas para calmar a esas fieras?

El bravo ex peón rechinó los dientes y rugió:

—¡Traiga que jure el cargo!

Crow sacó del bolsillo la Biblia que llevaba preparada para el caso y la abrió. Impey extendió la mano sobre ella.

—¿Juras cumplir en el cargo como un hombre honrado y sacrificar tu vida si es preciso por la justicia, el orden y la moral de Pine Walley?

—¡Lo juro!...

—Pues toma... Cumple con tu obligación.

El juez extendió el brazo colocándole la estrella sobre el pecho, y era de una emoción extraordinaria presenciar aquella escena en plena plaza y entre el humo de los disparos, los gritos de los combatientes y los lamentos de los heridos.

Impey, transfigurado, empuñó el revólver y lanzándose como una fiera entre los grupos sin temor a las trágicas consecuencias que para él podía acarrear acción tan suicida, gritó con un vozarrón terrible que dominó el estruendo de la pelea:

—¡Alto, maldito sea vuestro corazón!... ¡Alto, os lo manda el *sheriff*!... ¡Alto o me lío a tiros con todo el que empuñe un arma y le dejo seco aquí mismo!

La voz tonante de Impey, su invocación a la ley y su amenaza, que todos sabían que no sería vana, obró como un jarro de agua fría en los contendientes. Estos, asombrados y cohibidos, cesaron en la lucha, quedando con los revólveres en la mano separándose entre sí, mientras en el centro del grupo media docena de peones se retorcían entre charcos de sangre.

Impey, con los ojos chispeantes de resolución y mostrando su camisa donde refulgía la estrella de plata de *sheriff* se encaró con el peón que había agredido a Sol y que chorreaba sangre por el rostro

y rugió:

—¡Dave Speem, eres un bicho rastrero! Tú has provocado este conflicto por meterte donde nadie te llamaba y salir en defensa de un cobarde y matón. Aparte de que te está bien empleado lo que has recibido, voy a hacerte meditar un poco sobre la conveniencia de no provocar más disturbios de esta naturaleza, teniéndote encerrado seis meses en la cárcel. Suelta ese revólver y vete por tu pie a tu nuevo alojamiento.

El peón se revolvió sin soltar el arma y rugió:

—¿A mí seis meses?... Primero me...

Hizo un movimiento con el revólver; pero no lo concluyó. Impey disparó y el arma voló de la mano del peón como si se hubiese tratado de un pájaro asustado.

—¡Vete te digo y no hagas que doble la condena!...

Dave le lanzó una mirada asesina y se retiró rabioso en medio de la expectación general.

Impey, sin dar importancia al asunto, se encaró con todos los peones diciendo:

—Y vosotros, pagaréis veinte dólares de multa cada uno por perturbar la paz del poblado. No se me escapa la presencia de cada uno de los que estáis aquí y el que no los haya depositado mañana en mis oficinas hará compañía a Dave durante quince días.

Podéis recoger a los heridos y llevarlos a curar. Esto se ha concluido.

Los vaqueros, sin oponer resistencia alguna, se apresuraron a recoger a sus compañeros caídos, mientras Sol, que acusaba las huellas de la feroz pelea que acababa de sostener, se dirigió a Impey diciendo:

—Lo siento, pero yo no provoqué el conflicto. Me he peleado noblemente con ese mal bicho al que sigo acusando y pagaré los veinte dólares, aunque crea injusta la multa.

Se buscó en los bolsillos y extrajo el dinero, depositándolo en manos del nuevo *sheriff*, diciendo con ironía:

—Aquí tiene. Ahora espero que se muestre tan enérgico y decidido cuando se trate de buscar a los asesinos de mi padre.

—De eso ya hablaremos a su debido tiempo. Ahora estamos dilucidando algo más inmediato.

—Bien, y en cuanto a ese bicho indecente de...

Sol se quedó envarado al observar que, aprovechando el fragor de la pelea, Lany había desaparecido. Loco de rabia le buscó por todas partes sin encontrarle y al darse cuenta de lo que ello podía significar para el futuro, exclamo:

—Bien, no importa. Esto me dará ocasión de matarle como a un coyote que es.

La figura maciza y predominante del ranchero Lynck apareció en la plaza y, contemplando el trágico cuadro, preguntó:

—¿Qué diablos ha sucedido aquí?

—Nada que pueda a usted asombrarle, señor Lynck—se adelantó a decir Impey—. Ha criado usted serpientes a sus pechos y he aquí las consecuencias.

—¿A qué se refiere usted, Impey? —interrogó el ranchero.

—A su ex capataz. Usted le ha dado alas y he aquí el resultado; pero se terminó, señor Lynck. De aquí en adelante Pine será algo muy distinto.

—¿Ya se le ha subido a usted la estrella a la sesera?—preguntó Lynck con soma—. Temprano empezamos a gallear... El mundo es muy grande y nadie sabe lo que puede encontrar en él.

—Claro que no. Unos se encuentran un tiro; otros, la cárcel, y algunos la horca... Muy pocos son los que encuentran el camino del cielo.

—Desde luego, y no creo que usted y yo podamos encontrarnos en él.

—Será porque no le dejen a usted seguir esa ruta, señor Lynck.

El ranchero estaba furioso. Se le notaba en la forma de mirar, tanto a Impey como al juez y al alcalde. La votación le había sido adversa y no podía ocultar la contrariedad de saberse derrotado.

Crow adivinó sus pensamientos y, enseñándole un papel que se disponía a clavar en la puerta del Ayuntamiento, advirtió:

—No mire así, que no hay por qué. El escrutinio ha sido legal y con intervención de sus amigos. Lea, si quiere. Clavó el papel en el que se leía:

Impey Bouth........	870 votos
Rich Hogdes........	651 votos

Firmaban el juez, el alcalde y el secretario, y daban el B.° V.° dos interventores y el presidente.

Lynck se mordió los labios y, sonriendo, dijo:

—¡Qué le vamos a hacer! Espero que Impey se muestre un digno sucesor del pobre King. En cuanto a Rich, casi me alegro de que haya sido derrotado. Confiaba en su valor y energía, pero su actitud de esta mañana es vergonzosa. ¡Me alegro!

Rich, que se estaba mordiendo las uñas de rabia, se adelantó y, mirándole desafiante, gruñó:

—¿Que se alegra? ¡Vamos, no sea usted hipócrita!... ¡A ver si cree que Impey le va a ser a usted tan fiel como yo!

Y mascullando maldiciones y amenazas, que nadie tomó en cuenta, desapareció de la plaza, que ya había sido despejada de


heridos y sobre la que empezaban a cernirse las sombras de la noche.

CAPÍTULO VII

UN TIRO EN LA NOCHE


NA calma aparente envolvió el poblado a raíz de estos sucesos.

Lany desapareció como el humo sin dejar rastros, y en cuanto al peón Dave Speem debió seguir su misma ruta, antes que verse humillado y privado de libertad por el tiempo que el nuevo *sheriff* había fijado.

Impey no se extrañó de la huida; llegando a afirmar que le había amenazado con meterle en prisión precisamente para obligarle a desaparecer de Pine, acabando así con una de las muchas malas semillas que allí había.

El resto de los *cowboys* abonaron la multa impuesta, sin que ni uno tratase de camuflarse para eludir el pago.

Ya con autoridad oficial nombrada, el juez estuvo ausente unos días. Tuvo que ir a Salt Lake City a dar cuenta del nombramiento y a obtener el refrendo, y regresó tres días más tarde.

También Lynck se ausentó durante algunos días de Pine, alegando que tenía que ir a resolver asuntos de negocios a la capital del Lago Salado.

Entretanto, Sol se había visto obligado a tomarse unos días de reposo. Su lucha con Lany y los golpes recibidos en el apoteósico final de aquella dramática tarde le quebrantaron las fuerzas notablemente, y Sandy no le dejó moverse del rancho hasta que consideró que se hallaba repuesto.

El primer día que obtuvo permiso de su patrón para dar un paseo a caballo se dirigió al valle a la caída de la tarde, y apenas había alcanzado la zona arbolada donde se amparaban las acequias, un jinete, surgiendo por entre los árboles, se enfrentó con él.

Sol sintió una oleada de rubor al reconocer a Magde y estuvo tentado de volver grupas; pero aquella acción hubiese resultado una grosería, ya que la muchacha se encontraba a quince metros de él.

Haciendo de tripas corazón, siguió avanzando y Magde, frenando el paso del caballo, le sonrió con tristeza diciendo:

—Me alegro verle a usted, señor King. Veo que, por fortuna, lo de la otra tarde no ha tenido consecuencias muy desagradables para usted y lo celebro. Ahora quisiera hacerle una pregunta, si es usted tan galante y leal que quiera contestar a ella.

Sol se sintió cohibido ante la clara mirada de la muchacha y balbució:

—¿Por qué no?... Yo siempre he sido leal para la gente.

—Esa ha sido mi opinión, y si así es, ¿quiere decirme en qué fundamenta usted que mi padre haya podido intervenir de alguna manera en la muerte del suyo?

King se mordió el labio, inquieto, y replicó:

—Señorita Magde... yo no he acusado a su padre de tal cosa. El no podrá afirmarlo sin faltar a la verdad. Es cierto que me mostré enérgico en pretender saber qué había sido de ese rifle «Springfield» que ustedes tenían y que ha desaparecido tan misteriosamente. Si a usted le hubiesen matado a su padre con un arma especial, casi en desuso, y usted supiese que alguien posee una y no sabe justificar su empleo o paradero, ¿qué sospecharía?

—Nada, señor King. No sospecharía nada, si la persona de quien se tratase tuviese un historial claro, limpio, honrado y nada dudoso. Usted sabe que yo le hablé de esa arma como una cosa natural. Sin mis informes usted no hubiese sabido nada del rifle... Yo podía haberlo ocultado, de existir algo poco claro en su uso... Le insinué a usted mi casi seguridad de que había sido sustraído por Lany, y hoy me ratifico más en mi idea. Ese miserable, y alguien más que anda en su derredor, tienen interés en arruinar a mi padre, pero no sólo arruinarle económicamente, sino moral y materialmente. Hay muchas cosas subterráneas que usted no comprendería en las relaciones de la gente del valle, y mi padre está siendo la víctima propiciatoria. Daría media vida con gusto por poder descubrir a los autores de la muerte de su padre.

—Y yo la otra media; pero escúcheme bien, señorita Magde. Del otro día acá mis deducciones han variado mucho. Lo supondrá cuando sepa que mi pelea con Lany fue por acusarle de haber robado el rifle. Ni negó ni afirmó, pero se sintió encendido de rabia por la acusación. No sé qué hay debajo de todo esto, pero he de descubrirlo. Puede decirle a su padre que he obrado noblemente con él, pues pude dar cuenta de mis sospechas al juez o al alcalde y me las reservé para mí solo. De nuestra entrevista, nadie más que él y yo ha sabido palabra.

—No importa. Mi padre está dispuesto a ir donde sea preciso para justificarse. Para él es tan dolorosa su opinión íntima como si la hubiese lanzado a los cuatro vientos.

—Me duele, pero eso no tiene remedio. Mi camino es muy claro

y nada lo obscurecerá; dígaselo así a su padre, y en cuanto a usted, esté tranquila. Soy hombre que no obra a la ligera y si llega un día en que tenga que rectificar y pedir perdón, lo haré, no sólo a él, sino públicamente.

—Gracias, pero hubiese preferido que esto no llegase a ese extremo...

—Yo también, pero nadie es más perjudicado que lo soy yo mismo. El agravio que pueda haber inferido a su padre tendrá satisfacción en cualquier momento; la vida del mío nadie podrá devolvérsela.

Y haciendo un gesto de despedida con la mano, cruzó el caballo por delante del de Magde y continuó valle adelante, sin volver la cabeza para no descubrir a los ojos de la muchacha la emoción que le embargaba.

Aquella misma mañana regresó Crow, el juez, de su visita a la capital, con la ratificación del nombramiento y, apenas llegó a su casa, hizo llamar a Impey para darle cuenta de sus gestiones.

Durante más de dos horas permaneció encerrado en su despacho con el nuevo *sheriff*, y cuando éste salió de allí parecía nervioso y agitado.

Aquella tarde, cuando Sol se decidió a visitarle para cambiar con él impresiones y recabar una explicación sobre su conducta futura, se enteró por la esposa del *sheriff* que este se había ausentado de Pine y que nadie sabía dónde había ido ni el tiempo que tardaría en regresar.

—¿Se ha ido del pueblo?—preguntó Sol extrañado.

—Lo ignoro, King—replicó Mima, la esposa de Impey—. Se llevó el caballo, el rifle y los revólveres y algunas conservas. No sé más ni quiso decirme más.

Sol salió desencantado, pero con un sentimiento de esperanza en el alma. La actitud reservada, pero elocuente, del *sheriff* podía tener muchos significados y uno de ellos acaso le afectase directamente.

Impey era un hombre recto y valiente y quizá intentase trabajar por su cuenta en aquel suceso para no verse obligado a inmiscuir en los asuntos de su profesión a un tercero, aunque éste fuese el hijo de la víctima,

Sol decidió por su parte extremar sus pesquisas. Estaba obsesionado con aquellos abruptos lugares cercanos a los ranchos y se proponía guarecer en ellos para recorrerlos de punta a punta y vivir alerta como los indios, hasta que se produjese algo que le diese la razón o fracasase lamentablemente.

Ahora quería evitar que nadie se diese cuenta de sus gestiones, y así, aquella noche, saltando del rancho por una ventana, tomó el caballo, que ya tenía preparado, y por lugares extraviados se dirigió

a la montaña, ascendiendo a ella por un lugar apartado de la senda frecuentada. Desde allí, con suma prudencia, alcanzaría la zona en la que había puesto todo su interés, y después… Dios diría lo que tenía que suceder.

* * *

Durante dos días Sol permaneció oculto en los recovecos de la cordillera, hurtando el cuerpo a toda mirada indiscreta.

Había hallado un lugar excelente para ocultar su caballo durante las horas del día, y por las noches, unas veces a lomos de su montura y otras a pie, se dedicó a recorrer una extensa zona de montaña, registrándola hasta en sus más ocultos rincones, con objeto de ver si podía localizar algún refugio o guarida donde los abigeos pudiesen ocultarse.

El paisaje, abrupto, agrio y salvaje, no se prestaba a un ojeo superficial.

Espesos escobos, setos intrincados, cortadas profundas y cerradas, que se multiplicaban en ramales diseminándose por entre los farallones, cortadas estrechas que sólo con mucha valentía podían ser atravesadas a caballo, trozos de bosques que se extendían por el terreno, prestando un buen refugio con ayuda de las cortadas y continuados accidentes que se sucedían de forma ininterrumpida, obstaculizaban su tarea y la retrasaban de manera desesperante.

Pero Sol era paciente y tozudo, y estaba dispuesto a no desanimar por los obstáculos que pudiese presentarle la Naturaleza.

Aquella noche, la segunda que llevaba emboscado en la montaña, decidió recorrer lo más minuciosamente posible la zona de terreno que se abría al Norte y Este de los ranchos de Lynck y Lee. Por su parte Norte era por donde era más fácil la comunicación para alcanzar la estrecha senda que bajaba de los ranchos de la montaña, y por el Este, o sea la parte posterior de las propiedades de ambos rancheros, era por donde estimaba que se podía practicar los robos de reses y abollarlas por los desfiladeros y zonas boscosas que se deslizaban hacia el otro lado de la cordillera.

El terreno era tan abrupto y difícil que decidió dejar el caballo y recorrerlo a pie. La noche, clara y lunar, le permitía distinguir bastante bien el paisaje y tenía muchas horas por delante para llevar a cabo sus pesquisas.

Bien armado de rifle y revólveres, no se confiaba para nada y no daba un paso sin asegurarse de que no iba a ser objeto de una sorpresa.

Trepaba por una áspera colina que le permitía abarcar desde su

cima una gran extensión del paisaje que le rodeaba, cuando al hallarse a mitad de la subida la calma letal y opresiva que reinaba en la montaña fue turbada por el seco estampido de una detonación que, en alas del viento, fue rebotando de cortada en cortada, en un eco mortal y deprimente.

Sol, con los nervios próximos a saltar, se inclinó instintivamente creyendo que el disparo había sido hecho contra él, pero rápidamente se irguió. El sentido de orientación le decía que aquel se habla producido por bajo y hacia su izquierda.

Tras un momento de vacilación, volvió la espalda deslizándose de nuevo colina abajo. Estaba seguro de que aquel disparo iba dirigido a un tercero que no era él, y se sentía intrigado por averiguar contra quién había ido.

Atravesó un tupido seto que le retrasó un poco y se deslizó por un barranco que se abría al final, para alcanzar una especie de pequeña glorieta rodeada de pinos enanos que nacía al pie de un farallón.

Al saltar para salvar un pequeño arroyo que serpenteaba entre las zarzas salvajes, descubrió frente a él un pequeño calvero que formaba la explanada, y un vivo sobresalto se apoderó de él al descubrir al pie del montículo un sombrero de anchas alas.

Con infinitas precauciones avanzó rodeando el calvero y, cuando llegó al otro lado, su emoción fue más intensa al descubrir el cuerpo de un hombre caído en la pequeña cima, con los pies colgando hacia el lado posterior.

Sin pararse a reflexionar que pudiera ser una añagaza para confiarle, corrió hacia él y al llegar a lo alto la figura del caído se le mostró de bruces contra la piedra, y corroído por la más expectante curiosidad, le dio la vuelta colocándole cara a la luna.

Al registrar las contraídas facciones del caído lanzó un rugido de sorpresa y de rabia:

—¡Impey!...

En efecto, aquel cuerpo bañado en sangre y con la estampa de la muerte reflejaba en el pálido semblante, que la luz de la luna hacía más pálido aún, era el del nuevo *sheriff*.

Sol sintió que una angustia infinita invadía su alma.

Ahora comprendía que el callado y bravo Impey se había jugado valerosamente la vida por secundar sus planes sin ruido ni golpes de bombo, como cuadraba a una acción tan difícil y peligrosa como era aquélla, y un infinito agradecimiento, así como una piedad inmensa bañó su alma al levantar entre sus brazos el inanimado cuerpo del bravo *sheriff*.

Apresuradamente lo trasladó al cercano arroyo y, desabrochando su camisa, buscó la herida. Esta, como una enorme

flor roja, se mostraba en el pecho, próxima al corazón, y la sangre fluía con fuerza por ella.

Sol se arrancó el pañuelo, lo mojó en agua y fabricó una compresa que detuviese la hemorragia. Luego, con trozos de la camisa del caído, renovó los apósitos limpiando la herida de tierra y, por fin, la vendó como mejor pudo y supo.

Aplicando el oído al corazón del herido comprobó que éste latía, pero débilmente, y una sorda desesperación se apoderó de él al ponderar que lo que podía hacer en obsequio del caído era muy poco.

El pueblo se hallaba lejos de allí y la bajada a él con el cuerpo del herido constituirla un terrible peligro para su pobre vida, y en cuanto a un auxilio más cercano podía encontrarlo en los ranchos; pero ¿en cuál?

Sol desconfiaba de todo y de todos. El lugar era para él una obsesión. Todo lo trágico tenía su raíz misteriosa en un radio de acción de unas pocas millas en torno a aquellas posesiones y un instinto secreto le advertía que debía desconfiar de cuantos se cobijaban en aquel perímetro de montaña.

Pero una figura dulce, risueña, apacible y llena de bondad y franqueza surgió a sus ojos. La figura de Magde, a quien de ninguna manera quería suponer mezclada en los sucios y tenebrosos negocios que podían envolver a su padre o a sus vecinos de rancho, y, después de un momento de vacilación, decidió presentarse en la hacienda de Lee y pedir a la joven que se hiciese cargo del herido.



Al registrar las contraídas facciones del caído, lanzó un rugido de sorpresa y de rabia. —¡Impey!...

Claro era que con aquella petición de socorro se denunciaría a los ojos de todos, no pudiendo ocultar ya su presencia en semejante lugar; pero la vida de aquel hombre leal y abnegado bien merecía el sacrificio, aunque con él retrasase su misión o la entorpeciese.

Decidido, aplicó más agua a las compresas, fabricó otra, empapándola bien en el frío líquido para aplicarla a la cabeza de Impey y, luego, delicadamente, le tomó en brazos y decidió trasladarle al otro lado del calvero donde había caído herido, para protegerle mejor de ser descubierto y rematado salvajemente.

Después de depositar el cuerpo sobre un lecho de hojas, echó un vistazo en derredor y sus ojos se fijaron en el charco de sangre donde momentos untes había estado el cuerpo.

Algo particular llamó su atención y avanzando un poco, pudo precisar aquello que había herido su retina.

Junto al charco de sangre, trazada temblonamente con rasgos imperfectos, pero claros, se destacaba una inicial escrita con sangre y aquella inicial era una L.

Sol examinó la mano del herido descubriendo su dedo índice de la mano derecha tinto en sangre, y ya no dudó que aquella letra que podía ser una sentencia de muerte para alguien, la había trazado el indomable *sheriff* antes de perder el conocimiento y como una posible pista a seguir por quien descubriese su cadáver.

¡Una L! ... ¿A quién podía pertenecer el nombre iniciado con semejante letra? ¿A Lany? Fue el primer nombre; que acudió a sus labios, obligándole, a rechinar los dientes furiosamente, pero luego una terrible duda le asaltó...

¡Lany!... ¡Lee!... ¡Lynck!... ¡Los tres elementos más destacados de aquellos alrededores poseían un nombre que empezaba con la misma inicial y dentro del campo de las suposiciones no tenía por qué desdeñar a ninguno de los tres!

Lany era un pistolero que tenía algo que vengar contra el *sheriff* y contra él; Lee, habla sido acusado in mente por Sol a causa del «Springfield», y en cuanto a Lynck... era el patrón de Lany y le retuvo mucho tiempo a su servicio, no obstante saber que era un indeseable.

Cierto que le había despedido, pero, ¿cómo y por qué? Allí estaba la incógnita a resolver.

Ahora tenía una pista más clara que seguiría hasta el fin, sucediese lo que sucediese, y decidido a ello optó por dirigirse a los ranchos.

Mucho le iba a complicar su actuación el estado del herido; pero obligaría a cuidarse de él abiertamente y su deber era ejercer aquella piadosa misión por encima de todo a cuanto pudiese suceder después.

El rancho se hallaba bastante lejos de allí y el camino era accidentado pero tenía que llegar a él todo lo rápidamente posible atravesando un terreno hostil.

Animosamente se puso en marcha buscando los lugares más fáciles al tránsito. Sabía que la vida de Impey dependía de su esfuerzo y este acicate le impulsaba con vigor a salvar las dificultades del camino.

Siempre en guardia, avanzaba con el rifle en la mano dispuesto a repeler cualquier agresión. No le había sido posible localizar el lugar por donde el emboscado había huido y podía tropezarse con él escondido en cualquier meandro o accidente del áspero terreno.

Formando una línea diagonal, los ranchos de Lynck y Lee se destacaban abajo en el llano del escalón de la montaña, envueltos en sombras. Nada parecía alterar el descanso en ambas haciendas, y diríase que nadie moraba en ellas. Aún en los pastos, no se notaba signo de vida alguno. Las reses entregadas al descanso yacían sobre la ahora helada tierra y los peones debían estar cobijados en sus mantas o guarecidos en algún accidente del terreno.

Un viento seco y frío, que bajaba de los picachos helados, azotaba las carnes de Sol, clavándosele como alfileres; pero el muchacho, sin hacer caso del azote de la Naturaleza, seguía descendiendo en una línea un poco inclinada, para dejar a un lado el rancho de Lynck y acercarse directamente al de Lee Climpson.

Ahora distinguía con más precisión las líneas del edificio, un poco a su izquierda, y más allá, junto a la cerca formada por las chimberas o cactus salvajes, los cobertizos, los heniles, las cuadras y algunos otros departamentos auxiliares, así como una gran extensión de pradera en la que se destacaba la niara cubierta de hierba.

La niara era simplemente el pajar donde se amontona la paja dejando el grano en el corazón. Luego se le cubre de hierba conservándose así todo el tiempo que se precisa hasta su uso.

Se hallaba ya a un octavo de milla del rancho cuando se restregó los ojos con fuerza creyendo que en sus retinas brillaban unas luces raras que no correspondían al paisaje; pero pronto se convenció de que no era una ilusión óptica, sino una realidad. De diversos lugares de la niara habían empezado a brotar unas débiles luces, que ahora adquirían tamaño y violencia, corriéndose de un lado para otro como fuegos fatuos.

Dos violentas llamas y dos haces de chispas que el viento arrastró furiosamente le aclararon el misterio. La niara empezaba a arder y si el fuego adquiría la violencia que debía suponerse a causa del viento, el rancho, los cobertizos y quién sabía qué más arderían sin posibilidad de ser salvados.

Sol sufrió una corazonada. Aquel incendio no era casual. Había asistido a su iniciación y pudo comprobar que estalló simultáneamente por diversos lugares y esto le advertía que allí se encerraba un misterio relacionado con el motivo que le retenía en aquellos lugares.

Como loco, sin hacer aprecio de lo accidentado del terreno, corrió cuesta abajo salvando los accidentes como una cabra y alcanzó la empalizada del rancho cuando ya las llamas adquirían inusitado incremento.

Violentamente aporreó la puerta y cuando el soñoliento cocinero salió al patio preguntando con voz ronca quién llamaba a tales horas, Sol, rabioso, gritó:

—¡Abre pronto, imbécil, y llama al señor Lee y a cuantos haya en el rancho! ¡La niara está ardiendo!

El peón, despabilado como por encanto, echó mano al revólver y disparó dos tiros al aire que vibraron en el silencio de la noche siniestramente; poco después algunas ventanas del rancho se abrían y un concierto de voces, gritos, órdenes y juramentos atronó el rancho.

El peón había levantado la tranca de la puerta franqueando el paso a Sol, el cual, como una exhalación, corrió hacia el porche, en el momento en que Lee, vestido simplemente con unos pantalones y una camiseta, descendía por la escalera con el rifle en la mano.

Al enfrentarse con Sol le miró asombrado y balbuceó:

—¿Qué es eso?... ¿Cómo, usted aquí?...

—¡Pronto, no se entretenga! La niara está ardiendo. Lo he descubierto desde lo alto de la montaña cuando descendía y no he podido llegar antes a avisarles.

—Gracias, Sol—replicó gravemente el ranchero—. No sé si a pesar de su buena voluntad habrá llegado usted a tiempo de salvarme de una ruina total.

Ya el personal del rancho se había agrupado en el patio, armándose de cuanto estimó útil para sofocar el incendio que iluminaba siniestramente una gran extensión de terreno, y Sol, más dueño de sus nervios que nadie, gritó:

—¡Pronto!... Alguien que se traiga a los peones de los pastos. Toda la gente será poca para sofocarlo.

El pozo y la noria instalados en la huerta empezaron a funcionar sirviendo baldes de agua que corrían de mano en mano, y un movimiento febril y desesperado se notaba en la hacienda.

Los peones que dormían en los cobertizos, así como los que guardaban el ganado en los pastos, se habían puesto en pie de guerra, y como fieras, despreciando el peligro, luchaban con la niara tratando de cortar el avance del fuego, esparciendo los

sectores sin prender y pisoteando furiosos en los focos del incendio, para contribuir a apagarlo en unión del agua.

Magde, asustada, había acudido al patio un poco después que su padre, y al enfrentarse con Sol su rostro pálido y desencajado se tornó más blanco, y con voz truncada por la emoción preguntó:

—¡Oh, Sol!... ¿Qué sucede?... ¿Por qué usted?...

—No se alarme, señorita Magde. No soy el incendiario. Lo he descubierto desde el monte y vine a dar el aviso.

—¡Oh, muchas gracias, me quita usted un gran peso del corazón!

—Contribuya usted a quitar del mío otro tan terrible como el suyo... Venía al rancho, a pesar de la hora, a solicitar la caridad de usted.

—¿Qué sucede?

—Han pretendido matar a Impey, el *sheriff*, cuando vigilaba los lugares altos. Alguien le acechaba y trató de suprimirle por peligroso, como hizo con mi padre. Llegué a tiempo de hacer algo por él, pero lo he dejado muy grave allá arriba, junto al llamado cerro de las Águilas. No me atreví a traerle, porque se moriría. ¿Podía usted hacerse cargo de él con alguien que le ayude? Ya sé que el momento no es el más apropiado para distraer su atención, pero la vida de ese hombre...

—¡Oh!... No se preocupe... Yo allí, en la niara, poco puedo hacer... Iremos cuando usted guste. Espere que recoja el botiquín.

Sol la detuvo por un brazo, advirtiendo:

—Lo siento, señorita Magde; pero a pesar de mí buen deseo no puedo ir con usted. Tendrá que buscar alguien que se preste a acompañarla. Hay algo tan urgente como eso para mí y no puedo demorarlo. Esta noche será decisiva para algunos y yo soy el llamado a provocar esa decisión.

La muchacha, alarmada, preguntó:

—¿Qué sucede?... ¿Qué intenta usted?

—Hasta hace una media hora tenía muchas dudas respecto a quiénes podían ser los asesinos de mi padre y los que se habían propuesto arruinar a todos los rancheros del valle. Ahora estoy seguro de saber quiénes son y voy en su busca.

Ella, emocionada, le tomó por los brazos y con reconcentrada voz, preguntó:

—Sol, por lo que más quiera en el mundo, ¡hable!... ¿Quiénes son?

—Tranquilícese, que su padre ha quedado excluido de toda sospecha. Esa niara que arde y que puede contribuir a su ruina acaba de purificar su nombre. Quiénes son lo sabrá muy pronto. ¡Por favor, ocúpese de Impey y déjeme ir a cumplir mi sagrada misión!

Ella estrechó su mano con valentía, afirmando:

—Vaya, Sol, es su deber y no debo detenerlo si es cierto que está usted en posesión de la verdad. Yo cuidaré de ese infeliz. Me acompañará Rosa, mi criada, y alguien más. No se detenga y que el cielo le acompañe.

—Gracias, señorita Magde... ¡Ah!... Dígale a su padre cuando esté en condiciones de escucharla que volveré a pedirle perdón y a proclamar a los cuatro vientos su inocencia, y adviértale también que si no vuelvo... hago esta declaración para que la use como mejor le plazca.

—Prefiero que sea usted quien pueda hacerla, Sol.

—Y yo... Un último favor: ¿puede usted prestarme un caballo? El mío ha quedado escondido allá arriba y lo voy a necesitar tanto como mi rifle.

—Sí, venga... Le prestaré el mío. Usted sabe que es una magnífica montura.

Corriendo, atravesaron el patio saliendo al terreno acotado por la cerca. La niara seguía ardiendo, aunque parecía que el heroísmo de los peones podía con el incendio, y los caballos extraídos de los corrales habían sido trasladados a sitio más seguro.

Magde entregó su caballo al joven, el cual, tras acariciarle para dominar sus nervios soliviantados por el incendio, montó en él, diciendo:

—Gracias. Procuraré devolvérsele intacto. Sentiría que fuese la última víctima de esos malvados...

—Sí así es lo daremos por bien empleado, aunque le quiero mucho. En sus manos confío su vida.

Sol acarició los flancos de la montura con las espuelas, y el caballo, sin más estimulo, saltó como una pelota atravesando la cerca de un limpio impulso.

Sol se alejó del rancho guiándose por el siniestro resplandor que abarcaba una buena extensión de la planicie.

Al otro lado, la sombría silueta del rancho de Lynck se destacaba en el rojizo reflejo mudo y hermético, y Sol sonrió siniestramente al comprobar el detalle. Un rancho vecino ardía y estaba en peligro y los habitantes del rancho contiguo dormían apaciblemente al parecer, sin enterarse del siniestro ni acudir a prestar un socorro que la nobleza y la humanidad exigían.

CAPITULO VIII

LA TERRIBLE VERDAD



ORDEÓ Sol la empalizada, a cuyo lado izquierdo el incendio seguía manifestándose aunque más dominado. Al reflejo de las rojizas llamas, podía ver, conforme se iba alejando, las siluetas de los peones que, a la contraluz, parecían sombras moviéndose en medio de un gigantesco brasero.

Por fin entró en la zona iluminada únicamente por la luz de la luna y, apeándose del caballo, examinó la húmeda tierra.

La escarcha que a tales horas caía había extendido sobre la tierra una débil pátina brillante y el *cowboy* pudo localizar en ella, sin gran esfuerzo, las marcas profundas de unas huellas de pies calzados con duros tacones.

Como sospechaba, aquellas huellas acusaban la presencia de elementos extraños a quienes se debía el fuego, pero ¿por qué habían iniciado éste? ¿Qué objetivo les guiaba y por qué causa, si pretendían arruinar al ranchero se habían limitado a incendiar el pajar, en lugar de correr la tea del siniestro más al interior y prender el rancho, o cuando menos la empalizada, si no podían penetrar en él?

El detalle preocupaba a Sol. Había un sentido oculto en aquel cobarde hecho y tenía que averiguarlo.

De tres elementos sospechosos, uno había sido eliminado.

Lee Climpson quedaba al margen de la cuestión, pues se incluía en el número de las víctimas por razones que no se le alcanzaban, pero quedaban en pie dos nombres: Lany y Lynck.

¿Por qué no podía unir a ambos? Ahora, a la luz de aquel cobarde atentado, veía las cosas con más claridad interior que las había visto hasta entonces. Lany tendría muchas cosas que vengar en su persona y quizá en la del nuevo *sheriff*, pero nada contra Lee, a menos que la acusación de robo que pesaba sobre él pudiese haberle trastornado hasta el punto de pretender vengarse del ranchero.

Pero esto, con ser factible, era problemático. En el incendio habían intervenido varias personas... Se lo decían las huellas que estaba siguiendo, y tal hecho, sí no eliminaba al cobarde ex capataz, complicaba con él a otros elementos, y éstos sólo podían haber salido del rancho de Lynck.

¿Podía estar éste complicado? ¿Por qué no? Odiaba a su vecino éste le había derrotado en las elecciones. El nuevo *sheriff* no podía ser ya un juguete en manos de Jess y todo unido podía ser un motivo continuado para pretender vengarse de él.

Pero había algo que no comprendía. El fuego era una acusación. Las investigaciones podían demostrar muchas cosas trágicas para el ranchero y solamente en un caso muy desesperado debió éste mezclarse en aquel feo asunto que podía ser su ruina y su perdición.

Montó a caballo y con los ojos clavados en las visibles huellas, siguió adelante bordeando la amplia extensión de la propiedad de Lee, para seguir la cerca que cortaba los pastos en una larga extensión.

De vez en vez, perdía el rastro; pero pronto volvía a encontrarlo y éste seguía una misma dirección: la paralela a los pastos hasta el final de la cerca.

Cuando llegó al límite de ésta, se apeó. Ahora el terreno, formando una corrida muralla natural hacia la izquierda suplía a la cerca de cactus y cortaba en línea recta el terreno baldío y en declive que se adentraba en la montaña. Era la cerca de que había hablado Lee y por la que algunas veces se hacía filtrar parte del ganado para hacerlo desaparecer Dios sabía cómo.



Bordeó la empalizada, a cuyo lado izquierdo el incendio seguía manifestándose

A Sol le extrañó el hosco silencio que reinaba en torno suyo. Aunque era cierto que las reses de Lee se hallaban alejadas de la zona del incendio, no parecía natural aquel mutismo tan absoluto, y cuando fue dejando atrás los pastos del padre de Magde y alcanzó los de Lynck, su extrañeza fue más grande, pues allí reinaba una calma letal.

¿Sería posible que los peones de Lynck estuviesen ignorantes de la tragedia que se estaba desarrollando en el rancho vecino?

Inquieto por aquel augusto silencio, volvió a apearse y, como un ladrón furtivo, trepó por el accidentado terreno hasta alcanzar una cima que le permitiría echar un vistazo a los pastos.

Al hacerlo quedó mudo de asombro. La luz de la luna bañaba en plata el amplio y verde terreno, pero en todo lo que alcanzaba su vista no distinguió una sola res.

Mudo de sorpresa, permaneció un momento sin saber qué actitud seguir; pero de repente, sin reflexionar en lo que hacía, se dejó escurrir por los terraplenes y asaltó los pastos.

Pronto distinguió las visibles huellas del ganado; pero siguió sin localizar más que algún ternero suelto vagando por el dilatado terreno, y al correr como un loco buscando la causa de aquella ausencia llegó al lugar donde la cerca de espino dividía los lindes de las dos haciendas.

La cerca estaba rota por diversos sitios, y al pasar al otro lado su asombro culminó en un juramento terrible.

Tanto en los pastos de Lynck como en los de Lee las reses habían desaparecido en su totalidad.

Sin acertar a creer en tan insólito suceso, revisó la cerca en sus partes destrozadas y pudo comprobar, sin gran esfuerzo, que las roturas no eran obra ciega de los toros sino acción deliberada de una mano astuta que había cortado los alambres limpiamente con una herramienta adecuada.

Una sospecha con visos de realidad asaltó su mente. El incendio de la niara de Lee no había sido más que un pretexto para alarmar a todo el peonaje y obligarle a abandonar la vigilancia del hatajo, trasladándose a la era y dejando en libertad a sus enemigos para cortar los espinos y hacer pasar el ganado a los pastos de Lynck.

Después... el final era presumible; por algún sitio no lejano se hizo cruzar la manada abollándola monte adentro para llevársela a algún sitio seguro, donde ponerla a cubierto de posibles pesquisas hasta que pudiera ser trasladada al lugar donde los traficantes en estos sucios negocios se hiciesen cargo de ellas por su cuenta.

Sol tomó una rápida decisión. Por mucho que hubiesen corrido con el ganado no llevarían más de un par de horas de ventaja, y

como las huellas de un hatajo de aquella envergadura no es fácil borrarlas se prometió ponerse tras ellas y alcanzar a los abigeos al amanecer o quizá antes.

Abandonó el desolado terreno de Lee preguntándose qué terrible sorpresa se llevaría el seco y pundonoroso ranchero cuando se enterase de la doble catástrofe que había caído sobre él, y pasó a los pastos de Lynck. Le quedaba una duda que necesitaba aclarar rápidamente, antes de lanzarse en persecución de la cuadrilla, y era comprobar si el orgulloso ranchero estaba mezclado en aquel asunto tan sucio o si era a la par una víctima más del expolio.

Sol había oído decir que Lynck se encontraba por aquellos días en Salt Lake City y bien podía haber ocurrido que su ex capataz Lany, ayudado por el resto del equipo, se hubiesen puesto de acuerdo para robar el ganado de los dos ranchos, aprovechando la ausencia de Jess y el desconcierto que debía reinar en la hacienda de Lee al provocar el incendio.

Como un loco corrió hacia el rancho que se asentaba al fondo de los pastos, decidido a comprobar qué sucedía dentro de él. Sólo cuando hubiese aclarado aquella incógnita estaría seguro de saber quiénes habían sido los asesinos de su padre y a quién tenía que perseguir y con quién iba a verse las caras.

Fue la luz de la luna la que esta vez le salvó de morir acribillado a balazos. Al acercarse corriendo al rancho un rayo del astro de la noche reflejó sobre un objeto metálico que surgía entre unos montones de heno apilados ante la puerta, y el brillo de aquel objeto le advirtió que se trataba del cañón de un revólver.

Sol se arrojó a tierra de bruces al descubrir el cañón del arma, en el momento en que ésta vomitaba la muerte con rapidez pasmosa. Seis tiros disparados con velocidad increíble silbaron por encima de su cabeza, entretanto que el muchacho sacaba su arma y guiándose por los fogonazos disparaba sobre el heno, con el cuerpo pegado a la tierra y el brazo rígidamente extendido.

Una sorda maldición le advirtió que había hecho blanco, y arrastrándose sin atreverse a levantar por temor a ser víctima de una trampa, gritó con voz ronca:

—¡Suelta ese revólver!... ¡Suéltalo, o te deshago a balazos!

La maldición se repitió y poco después un «Colt» del 45 brillaba en el aire, para ir a caer ante el rostro de Sol.

Este se levantó impetuoso con el arma empuñada y saltó como un tigre sobre el heno, pisando un cuerpo blando que se quejó furiosamente. Con un movimiento instintivo se apartó, descubriendo el cuerpo de un hombre tirado entre la paja.

—¡Rich!—exclamó King, asombrado por el descubrimiento.

El aspirante a *sheriff* lanzó un gruñido sordo y, moviendo las

manos lentamente para llevarlas al pecho del que brotaba un hilo de sangre, rezongó:

—¡Buen tiro, Sol!... ¡Buen tiro!... ¡Eres el mismo diablo con el revólver en la mano!... Si Lynck estuviese en mi pellejo ahora no se reiría tanto como se tiene reído cuando le advertí que meterse contigo era lo mismo que introducirse descalzo en un nido de cobras...

Sol, sin salir de su asombro, preguntó:

—¿Qué es esto, Rich? ¿Cómo diablos se encuentra usted aquí y por qué disparó sobre mí, sabiendo quién era?

Rich rio con risa sorda y nerviosa y murmuró, al tiempo que iniciaba un gesto de intenso dolor:

—¡Eres tonto, Sol! Eres tonto y por eso has vivido entre sombras todo el tiempo... ¡Lynck!... ¡Lany!... ¿Cómo no adivinaste que ellos dos eran tus más terribles enemigos?

—Pero, ¿por qué? —insistió Sol sorprendido—. Yo nada había hecho a Lynck y apenas si tuve roce con Lany.

—¡Oh, claro!... Pero buscabas a los abigeos... Habías jurado vengarte de los asesinos de tu padre, y los abigeos y los que mataron al *sheriff* eran los mismos... ¡Ellos!...

Sol, al ver confirmada su reciente sospecha, rugió como un lobo herido, y saltando sobre Rich le zarandeó horriblemente, preguntando:

—¡Habla, inmunda serpiente!... ¡Pruébamelo!

—¿Yo? ¡Búscalos si logras alcanzarlos y pregúntate si eres capaz de hacerles hablar a ellos!

—¿Lo dudas? ¡He jurado hacerlos pedazos y lo cumpliré!

—Pues ya puedes correr. Sentiré que no llegues a tiempo.

—Eso lo veremos... ¿Y tú, qué hacías aquí y por qué has disparado sobre mí?

—¿No lo sospechas? Me dejaron a cumplir esa misión. Sabía que vendrías en su busca... Te habían descubierto escondido en la montaña. Lany, que falló dos veces al intentar suprimirte, quería quedarse; pero Lynck no lo dejó... Le necesitaba con él para conducir las reses... Fui yo el designado y me quedé...

—¿Por qué? ¿Qué te había hecho yo?

—¡Bah! En concreto, nada; pero no iba contra ti todo. Yo era un estorbo para mí mismo... Borracho... poco amigo de doblar la cintura con el lazo en la mano, me veía abocado a morir de hambre. Lynck compró mi alma y mi revólver... Me haría nombrar *sheriff* con la condición de suprimirte y ser su brazo derecho... Viviría bien, bebería más, no me faltarían veinte dólares en el bolsillo y... acepté. ¿Qué más me daba morir de una manera que de otra? Si hubiese salido elegido debía tenderte una trampa, llevarte al monte con el

pretexto de seguir una pista y deshacerme de ti... Luego... El abigeo podría continuar. Siendo yo el *sheriff*, no se descubrirían nunca los ladrones.

Sol, asqueado de oír semejante confesión, preguntó:

—¿Y hubieses sido capaz de cometer semejante vileza?

—¿Por qué no?... Tenía que vivir y viviría... Para morir como voy a morir siempre tendría tiempo.

Sol, sintiendo que la rabia le ahogaba, le sacudió brutalmente sin hacer caso de sus gritos de dolor y preguntó:

—¿Quién mató a mi padre?

—Los dos... Lynck y Lany... Sabían que había descubierto algo y le tendieron una emboscada... Los dos dispararon sobre él, eliminándole...

—¿Dónde están ahora?

—No lo sé... Montaña adentro... Con el ganado... Saben de un escondite ignorado para abollar las reses... No le conozco... Yo debía quedarme v pasados unos días ir a Kanab a reunirme con ellos... No sé más...

Sol con el rostro endurecido como si fuese de granito y los ojos fulgurantes de odio, se irguió y tomando el revólver, gritó:

—Rich, ¿sabes rezar?... Si sabes, reza lo que sepas, por si Dios tiene piedad de ti en el último instante y es capaz de perdonarte, ya que yo no lo haga. Te doy cinco minutos para que eleves tu alma al cielo.

El aspirante a *sheriff* sonrió siniestramente y murmuró:

—¡Al diablo con tus ofrecimientos!... No, ¡no sé rezar!... Nadie se ocupó de eso en mi niñez. ¿Para qué?... Creían que eso no servía para nada... Es posible que si me hubiesen enseñado mi vida sería otra... Ya es tarde... De todas formas nada podrás hacer porque... yo... no...

Se agitó convulsamente y, doblando la cabeza, quedó rígido como un árbol. La muerte se había apoderado de él antes de darle tiempo a intentar un único esfuerzo de contrición.

Sol le contempló ahora sin rencor, y enfundando el arma se dirigió rápidamente a los terraplenes, detrás de los cuales había dejado el caballo de Magde. Ahora sabía muchas cosas con certeza y sus movimientos no serían oscuros y sin un rumbo fijo, sino claros, precisos y trágicos.

Lynck y Lany habían matado a su padre; formaban, por una absurda situación que no acertaba a desentrañas, la cuadrilla de abigeos; hacía unas horas que se habían alzado con sus propias reses y las de su vecino Lee y se encontraban en algún lugar del monte. ¿Dónde? Esto era lo de menos.

Seguiría sus huellas, los alcanzaría, y en cuanto a un lugar

secreto en la montaña para esconder unas cinco mil reses, se reía mucho de que esto pudiera suceder como si se tratase de un juego de prestidigitación.

Cuando saltó los terraplenes descubrió al caballo en el mismo lugar donde le había dejado, y montando en él se decidió a desandar el camino.

Perseguir solo a toda la cuadrilla era más que una temeridad una estupidez. Una cosa era jugarse la vida en un albur lógico y otra ir a entregarse atado de pies y manos a sus mortales enemigos. Necesitaba gente y nadie más indicado para ayudarle a la caza de los abigeos que los peones de Lee, ya que éstos eran los más perjudicados con el robo.

A todo galope se dirigió al rancho y pronto alcanzó un lugar desde el que aún se distinguían los restos del incendio.

La niara partida, desperdigada, abrasada en algunos lugares y cortada en otros para localizar el siniestro, ardía por parcelas y en forma vencida. El esfuerzo ímprobo de los peones había conseguido dominar el fuego a costa de un derroche de energías que les tenía medio agotados.

Sol penetró en el círculo del incendio, donde Lee, sudando como un condenado, con un balde en la mano ayudaba a sus hombres en la agotadora tarea.

Al descubrir a King sobre el caballo de su hija, le contempló con asombro y preguntó con voz fatigada:

—¿Qué es eso, Sol? ¿Cómo usted sobre ese caballo?

—Me lo ha prestado su hija para una misión que le afecta a usted tanto como a mí... ¿No ha visto usted a Magde?

—No... No sé dónde está... Debe haberse afectado mucho con el suceso y andará metida en algún rincón del rancho...

—Me parece que se equivoca usted. Su hija no es una niña que se deje vencer por nada... Ahora estará cumpliendo una piadosa misión que yo le encomendé: la de velar por la vida en peligro de Impey el *sheriff*.

Lee le miró asombrado, preguntando:

—¿Qué dices, muchacho?

—Que han tratado de eliminarle como a mi padre, cuando seguía una pista, y yo llegué a tiempo de intentar algo en su favor, aunque poco... Le curé como pude y le dejé en los peñascales, a media milla de aquí. Bajaba a pedir auxilio para él cuando descubrí el incendio de la niara y la supliqué que fuese en ayuda del herido... No se le podía trasladar aquí por su gravedad...

—Habérmelo dicho. Yo mismo hubiera...

—Usted tenía algo que hacer aquí y yo también... por eso no fui en persona a velar por él... Tenía que averiguar quiénes habían

prendido fuego al pajar y lo averigüé…

El ranchero se irguió con los ojos brillantes y preguntó:

—¿De verdad, Sol?

—Sí… He averiguado eso y muchas cosas más; pero haga ánimos para recibir un golpe terrible, aunque este golpe podrá tener arreglo. El incendio fue obra de Lynck con su capataz Lany y todo el equipo. Prendieron fuego al heno para distraer la atención de sus peones y alejarles de los pastos. Luego cortaron las alambradas, unieron ambos hatajos y han internado todas las reses en la montaña huyendo con ellas.

Lee se restregó los ojos como si viese fantasmas y replicó con voz sorda:

—¿Todas las reses? Pero, ¿por qué Lynck se iba a robar a sí propio el ganado? ¿Con qué objeto?

—No lo sé, pero es cierto… Sus pastos están desiertos como los de usted. Allí dejaron apostado a Rich, el cual disparó sobre mí, pues tenía orden de esperarme y matarme… Le salió mal el intento y me adelanté a él, pero antes de morir tuvo tiempo de revelarme toda la verdad. Dice que el ganado va camino de un lugar oculto que ellos conocen…

Dudo que en la montaña exista un sitio capaz de cobijar cinco mil reses sin que sean descubiertas. Estuve tentado de salir solo en su persecución, pero comprendiendo que era una locura, he venido a solicitar su apoyo. Necesito algunos de sus hombres para salir tras de ellos.

Lee, recobrándose, adquirió nuevas energías y dijo:

—Bien, Sol, es usted todo un hombre… Mi equipo está a su disposición y yo también. Iremos todos y…

—No, señor Climpson. Usted debe quedarse aquí cuidando de su hacienda. Su hija está en los barrancos. Deben procurar traer a Impey, si se puede hacer algo por él. Él fue el que al verse perdido me dejó la clave escribiendo con su propia sangre una L en la piedra. Por ella adiviné quiénes eran los forajidos y vine a buscarles… Con parte de sus hombres tengo bastante.

—Elíjalos usted mismo, Sol. Todos querrán ir con usted.

—Me lo figuro. Doce hombres serán suficientes.

Luego, acercándose al ranchero, añadió:

—No sé lo que el destino me reservará en esta última prueba para vengar la muerte de mi padre, pero antes de marchar quiero decirle algo. Hace un rato hice un ruego a su hija, pero como usted no la ha visto voy a decirle personalmente lo que supliqué a ella. ¿Quiere usted perdonarme la escena de aquel día en su rancho? Fui un insensato al dejar verter ciertas sospechas sobre usted con motivo de la desaparición de aquel endiablado rifle… Lo comprendí

más tarde y me abstuve de hablar del hecho con nadie. Fue algo que quedó entre los dos, pero de lo que me arrepiento.

Lee le estrechó la mano emocionado, diciendo:

—No te preocupes, Sol. Yo lo había dado al olvido. Comprendí tu estado de ánimo y te disculpé. En el fondo, tenías razón. Aquello resultaba muy sospechoso, pero era verdad. No sé quién robó el «Springfield», pero sospecho que fue Lany.

—Gracias. Ahora me voy tranquilo. ¿Quiere usted llamar a sus hombres?

Lee dio una voz y todos se reunieron en tomo a él. El ranchero parcamente les dio cuenta de lo sucedido y de lo que pretendía Sol.

Todos, rabiosos, se disputaron el honor de correr tras los abigeos; pero King insistió en llevarse sólo doce. El resto cuidaría de terminar con el incendio y se preocuparía de ir en busca de Impey y trasladarle al rancho.

Por sorteo, ya que no hubo otro medio, se escogió la partida, y aquellos hombres, cansados de una faena tan terrible como la que habían llevado a término, se sintieron de nuevo animados de un ímpetu formidable y montando a caballo abandonaron el rancho en pos de Sol, lanzándose a galope hacia la montaña.

CAPITULO IX

EL VENGADOR DEL OESTE



A noche estaba ya muy avanzada cuando el equipo de Lee, a las órdenes de King, dejó atrás el rancho y se internó por las asperezas del terreno, bordeando los terraplenes que servían de cerca a los pastos.

Nadie hablaba, pero todos llevaban los dientes muy apretados y en sus ojos ardía una luz extraña de fiera resolución.

Sol se dirigió rectamente hacia el lugar donde suponía se había abierto la brecha para dar paso al ganado y, en efecto, pronto localizó el lugar por donde se habían filtrado las reses.

Una hondonada entre dos terraplenes que de ordinario se cerraba con una red espinosa, aparecía libre de este obstáculo, y este detalle ponía de manifiesto el cuidado con que habían preparado todo para no perder minuto y aprovechar con ventaja el tiempo antes de que se iniciase la persecución. El equipo ya orientado se lanzó tan aprisa como le fue posible por un sendero seguido por el hatajo. Era un terreno relativamente llano en declive, que se dirigía abiertamente hacia una enorme barranca que medio se distinguía en el término del declive.

Sol, que iba encabeza, se introdujo por la barranca sombría y accidentada, pero fácil para el paso del ganado Después de atravesar aquel estrecho paso, alcanzaron un espeso bosque de cedros bordeado por un riachuelo, y siguiendo el curso de éste se internaron por una serie de depresiones cubiertas de corto, pero espeso boscaje, que se dilataban abriéndose en abanico para formar diversos posibles caminos a seguir.

Una masa de nubes plomizas cruzó por delante de la luna ensombreciendo el paisaje, y los *cowboys* tuvieron que detenerse por falta de luz para seguir las huellas.

Las nubes fueron engrosando haciéndose cada vez más espesas, y Sol, no sin contrariedad, se vio obligado a permanecer allí estancado hasta el amanecer.

Cuando, por fin, una pálida claridad se extendió por el horizonte bocetando el agreste terreno, reanudaron la marcha.

El sol no luciría esta mañana a causa de las nubes cada vez más densas, pero esto no impedía poder seguir las huellas de los abigeos.

Tras orientarse localizando el lugar por donde el rebaño se había internado, siguieron pegados al terreno seguros de no extraviarse. El rastro era enorme y no pudieron evitarlo por muchas precauciones que quisieran tomar para desorientar a sus perseguidores.

Sol, para acortar camino, había obligado a su caballo a cruzar por una estrecha y mareante cornisa que bordeaba el impresionante fondo de un cañón, cuando al alcanzar el límite y asomarse al abismo por el otro lado, lanzó un rugido de alegría salvaje.

Abajo, en el fondo de un verde y amplio valle que aparecía encerrado entre altas paredes rocosas, se movía una masa compacta y apretada, que un grupo de jinetes hostigaba sin piedad para obligarla a ondular hacia una negra fisura que se abría al Este entre dos farallones rojizos.

—¡El ganado!—rugió Kíng—. ¡Van a internarlo en el Cañón del Diablo!... Por allí debe estar la salida de la cordillera... ¡Adelante!... Si nos damos prisa en descender les sorprenderemos en ese sitio ideal para batirlos.

El descenso era difícil y arriesgado. La cornisa se revolvía pegada al farallón, estrecha y escurridiza, y los peones tenían que vigilar cuidadosamente a los caballos para que éstos avanzasen lentamente asegurando los cascos antes de dar un solo paso.

Sol se preguntaba por qué lugar habrían metido el hatajo para alcanzar el valle. Por donde ellos caminaban no existía paso posible y, sin embargo, las reses se encontraban a doscientos metros por bajo de ellos, en aquel valle cuya entrada les había pasado desapercibida obligándoles a tomar aquel camino peligroso y retardante.

Suerte para ellos había sido que Sol eligiese la cornisa para echar un vistazo en derredor. De haber tomado otro camino de los muchos que existían caminarían desorientados, perdiendo un tiempo precioso.

Habían ganado bastante terreno y se encontraban a una prudente distancia sobre la cornisa, cuando los peones de Lynck, que caminaban rezagados, les descubrieron. Un silbido estridente, seguido de un coro de voces rabiosas, conmocionó todo el equipo.

Sol abarcó la situación considerándola comprometida. Mientras no pudiesen descender a un terreno más amplio, se encontrarían encajonados en medio metro de espacio y expuestos a las balas de sus enemigos.

Desafiando el peligro, obligó a su montura a avivar el paso. Tenía que salvar los cincuenta metros que quedaban de cornisa para

alcanzar la amplia rampa que descendía al llano, y lo haría, aun sabiendo que concentrarían contra él los fuegos de todo el equipo.

—¡Cuidado! —gritó—. Disparar como podáis sobre esa chusma. No les dejéis acercarse a la rampa hasta que algunos la alcancemos o no nos dejarán pasar.

Los primeros disparos vibraron en el valle alarmando a las reses. Sol, con su aguda vista, había descubierto a Lany y a Lynck galopar a caballo dando órdenes y cargando los rifles para impedirles el acceso.

Las primeras balas silbaron por encima de la cabeza del bravo joven siniestramente; pero Sol, pegado al farallón, avanzaba con el arma dispuesta a aprovechar los tiros.

Por vez primera tronó su rifle, y Sol lanzó un rugido de alegría al ver caer su primera víctima. Esta había sido el peón Dave, que imprudentemente se había adelantado desdeñando la puntería de su enemigo.

—¡Ya cayó uno! —rugió Sol—, ¡lo mismo tienen que caer los miserables que mataron a mi padre!

El efecto del disparo fue un prudente aviso. Los peones de Linck retrocedieron ante la fina puntería de su enemigo, y sus disparos más lejanos resultaban muy imprecisos.

Sol siguió avanzando seguido de algunos peones que casi se habían pegado a él contagiados de su valor y, aunque las balas silbaban peligrosamente, nadie pensaba en retroceder.

Un *cowboy* fue alcanzado junto a King. El muchacho abrió los brazos y perdiendo el equilibrio, se precipitó en el vacío cayendo a la sima desde una altura de treinta metros, pero nadie retrocedió. Al contrario, un rechinar rabioso de dientes fue la respuesta.

Mientras, parte de los peones obligaba al ganado para hacerlo pasar por la grieta. Si lo conseguían, defender aquel estrecho paso, único para salir del valle, les hubiese sido más fácil.

Sol, adivinando el peligro se jugó todo en el salto de los últimos metros que restaban de cornisa y, por fin, entre una lluvia de balas que por un milagro inexplicable no llegaron a alcanzarle, ganó la amplia rampa.

Fue entonces cuando secundado por el magnífico caballo Magde inició la derrota de sus enemigos, galopando como un diablo, y disparando sin tregua, empujó a los peones hacia el centro del valle, dando tiempo a que el resto de sus compañeros salvasen el estrecho paso, y cuando se unieron a él, se lanzaron al ataque general contra los abigeos.



Al caer, su pie había quedado enganchado en el estribo...

Lynck, considerándose perdido, ordenó a sus hombres que se agruparan para hacer frente a sus enemigos, abandonado el ganado, y una lucha fantástica se entabló en aquel amplio pero cerrado recinto, del que solamente podría salir el vencedor.

Sol, obsesionado por una idea fija, gritó a sus compañeros.

—¡Por favor!... Dejadme a mí a Lynck y al cobarde de su capataz... Es a mí a quien corresponden sus vidas.

Los peones, comprendiendo los sentimientos del joven, iniciaron la pelea buscando siempre a los *cowboys* que se defendían con el tesón del que sabe que si no vence le espera la soga al cuello; mientras Sol, maniobrando con el caballo, buscaba a uno de los dos hombres, cuya muerte a sus manos sería para él el placer de los dioses.

Fue Lany el que, animado del mismo rencor, dio primero la cara. El capataz, verde de ira al descubrir a su contrario despegado del grupo de peones, se lanzó contra él empleando una maniobra india.

Dirigió el caballo en semicírculo, y saltando de la silla se amparó en el costado de la cabalgadura, hurtando el cuerpo a la vista de Sol. Esperaba el momento propicio de saltar de nuevo disparando sobre él de forma segura.

King, adivinando los propósitos de Lany, se limitó a obligar al caballo a girar en dos metros de terreno sin perder de vista a su enemigo. El rifle del muchacho permanecía rígido en sus manos y sus ojos clavados en la silla del cuadrúpedo de su rival. Por un momento, la cabeza y la mano de Lany asomaron por encima de la

silla, lo justo para buscar el blanco y disparar. La bala silbó, al tiempo que otra detonación se unía a la primera, y Lany, alcanzado en la cabeza, se dejó caer del caballo como una piedra. Pero su cabalgadura, asustada por el estruendo del disparo, saltó nerviosa emprendiendo veloz carrera y el cuerpo de Lany, sacudido como un guiñapo, siguió su trayectoria arrastrándose por tierra.

Al caer, su pie había quedado enganchado en el estribo y, sin poderse desprender de él, se agitaba en el vacío siniestramente al vaivén del caballo, chocando contra la tierra a cada galopada, hasta que al desprenderse quedó rígido y encogido como un pelele.

Sol no hizo ya caso de él. Sabía que había pasado a mejor vida y su única obsesión era cazar ahora a Lynck, el cual, viendo diezmada su cuadrilla, buscaba la huida, alocado.

Le descubrió tratando de abrirse paso con el caballo entre la compacta masa de reses que pugnaban por pasar por el estrecho desfiladero, y se lanzó hacia adelante dispuesto a ser aplastado por el hatajo antes que permitir a su enemigo aquel problemático intento de salvación.

Lynck, cobarde y medroso, metió el caballo entre las reses y disparó sobre Sol sin hacer blanco. King, a su vez, replicó hiriendo al caballo que coceó dolorido, descargando sus cascos sobre las reses más próximas. Estas se enfurecieron aún más que estaban, y ciegas se lanzaron sobre el enfurecido animal corneándole despiadadamente.

El pobre bruto se elevó entre las astas como una masa de carne y Lynck, que se había aferrado desesperadamente a la silla, cayó entre un mar de cuernos que le zarandearon trágicamente durante un momento, para después dejarle escurrir entre los lomos de las reses y desaparecer en la vorágine de su huida, como absorbido por ellas. Después nada...

Sol se detuvo a tiempo antes de correr su misma suerte; había adivinado el trágico fin del ranchero y por un momento sus miradas se cruzaron en el último instante de la epopeya final.

En los ojos de King urdía el fuego de la infinita alegría que le causaba la horrible muerte de su adversario, y en los de éste una llama brutal de odio que desfiguraba horriblemente todos sus endurecidos rasgos.

King se volvió para ayudar a sus compañeros, pero ya no era necesario su auxilio. Diez peones yacían acribillados a balazos sobre el césped, seis se retorcían heridos de gravedad y cuatro se habían entregado prefiriendo correr los albures de un proceso a sufrir una muerte inmediata.

Cuando los prisioneros quedaron bien amarrados, los peones de Lee tuvieron que luchar fieramente con el hatajo para detener su

estampida y retener en el valle a los que aún no habían cruzado por el desfiladero. Luego hubo necesidad de pasar al otro lado para hacer retroceder a los que ya empezaban a diseminarse por los cañones a su albedrío, y esta penosa operación consumió las horas del día, hasta que al anochecer la más impresionante calma reinaba en derredor de ellos.

Sol durmió aquella noche en el pequeño valle. Llevaba cuarenta y ocho horas sin descanso alguno y, dominado por una terrible tensión nerviosa que le dejó hecho un guiñapo, sin fuerzas para montar a caballo.

A la mañana siguiente, acompañado del capataz del rancho de Lee que había tomado parte en la pelea, regresó de nuevo al otro lado de la montaña. Se necesitaban más peones para hacer retornar el ganado, pues el hatajo era enorme para ocho o nueve hombres útiles nada más, pues en la refriega, cuatro habían caído heridos y no podían moverse, necesitando de asistencia.

Cuando King alcanzó el rancho de Lee, descubrió asomada a una de las ventanas a Magde, la cual, apenas distinguió el caballo, se lanzó escaleras abajo, gritando:

—¡Papá!... ¡Papá!... Sol... Sol King... ¡Por fin vuelve!

Lee siguió a su hija muy emocionado, y cuando Sol echó pie a tierra, acusando en su rostro las huellas de la dura jornada, preguntó dominado por la emoción:

—¿Alguna nueva de importancia, King?

—Sí, señor Lee. Su ganado está a salvo en un valle al otro lado de la cordillera, pero hacen falta más peones para poder hacerle retornar.

—Gracias, Sol. Me ha salvado usted de la ruina. Me ocuparé de eso. ¿Y... de lo demás?

—De lo demás... ya nada hay que temer. Lynck, Lany y sus rapaces peones han pasado a mejor vida... ¡La muerte de mi padre está vengada!...

El ranchero estrechó la mano de Sol sin acertar a expresar de palabra sus sentimientos, y Magde, acercándose a él, le dijo:

—Yo también tengo algo que comunicarle, Sol... Arriba, en mi cuarto, hay un hombre que pide entre accesos de fiebre verle a usted...

—¿Quién?... ¿Impey?... ¿Es posible?

—El mismo. Vaya a verle, aunque sólo sean cinco minutos o se morirá de desesperación...

—¿Muy grave?

—Bastante, pero el médico confía en salvarle. Arriba está el doctor y el señor Crow, el juez... Venga, Sol.

El muchacho, cubierto de polvo, con las manos ennegrecidas por

la pólvora y los surcos abiertos por el sudor en su tostado rostro, ascendió al piso alto, donde en una bella estancia adornada de amarillo y oliendo a flores y a limpieza, un rostro blanco como el yeso asomaba por entre el embozo de la cama.

A su lado, sentados sobre dos banquetas, se hallaban el juez y el médico de Lee.

Crow, al ver entrar a Sol, se abrazó a él conmovido diciendo:

—¿Todo bien, Sol?

—Todo, señor Crow... ¡La muerte de mi padre ha sido vengada!

—Me alegro, muchacho. Acércate y enséñale el rostro a este *sheriff* testarudo. Está piando por verte desde que ha sabido que te debe la vida y hemos tenido que atarle a la cama para que no se arrojase de ella para ir en tu busca.

King se acercó al lecho y, tomando la ardorosa mano del herido, balbuceó:

—¿Qué hay, señor Impey?... ¿Cómo diablos lleva usted su agujereado pellejo? ¿Le quiere o no le quiere el diablo en su compañía?

El herido le miró con sus ojos circundados por grandes ojeras moradas y musitó:

—Gracias... Sol... Ya me han dicho que tú... tú... me salvaste la vida... Gracias en nombre... de mis hijos...

—¡Bah!... No merece la pena hablar de eso. Era mi obligación, sobre todo desde que tuve la convicción de que se había jugado usted el pellejo por atrapar a los asesinos de mi padre...

—Si... muchacho, eso es cierto... Yo... perdóname que no te dijese nada... pero... me lo prohibió el señor Crow...

Sol, volvió los ojos hacia el juez, y éste asintió con la cabeza, diciendo:

—Así fue, Sol... Yo le di la pista segura, pero no quise que intervinieras directamente... Era su obligación y a ti te vigilaban... por eso no quise exponerte...

—¿Es que sabía usted que los asesinos eran Lynck y Lany?

—Lo supe por casualidad, muchacho. Recordarás que tuve que ir a Salt Lake City a refrendar el nombramiento de Impey. Allí descubrí que se encontraba Lynck. Dijo que había ido a cuestión de negocios, y así era, pero los negocios no podían ser más trágicos. Tenía el rancho y el ganado hipotecados. Todo le vencía en breve y había pedido una prórroga de quince días para saldar. Sospeché cómo saldaría la deuda: cometiendo algún otro robo en gran escala, y avisé a Impey para que vigilase; Lany le descubrió y disparó sobre él.

—Ya; e Impey le reconoció y creyéndose morir dejó escrita aquella L en la piedra para que sirviese de pista. La descubrí y ella

me guio. Luego, el incendio de la niara del señor Lee acabó de fijar la pista.

A instancias de los presentes hizo un relato de lo sucedido en el valle, cuando terminó, Impey, que había seguido sus palabras con creciente ansiedad, le hizo señas para que se acercara.

—¿Qué diablos quiere usted, Impey?—preguntó—. ¿Por qué no se duerme y descansa?

—Si... lo haré... descuida; pero antes necesito decirte algo importante. Ahí... en mi chaleco, está la estrella de *sheriff* aún manchada de sangre. Así la recibí como herencia de tu padre y así te la voy a devolver, porque eres tú quien merece que pase a tu poder... Yo... renuncio al cargo y te la cedo gustoso, porque tú...

Sol le tapó la boca con la mano, afirmando enérgicamente:

—Gracias, Impey; pero no puedo aceptarla. Está muy bien prendida donde está. Por otra parte oiga bien esto: Yo me he vengado de esos cobardes asesinos que eran mi obsesión, y el juramento que hice lo cumplí. Ahora... he tomado una resolución que nadie podrá hacerme desterrar del pecho. Hay en todo el Oeste muchas cosas que vengar, tan trágicas como la mía, y muchos que no pueden vengarlas por falta de medios, de valor o de decisión. Desde ahora viviré exclusivamente para ponerme al servicio del bien contra el mal, allí donde éste surja a mis ojos, pero sin cadena alguna que me ate a determinado sitio. Seré «El Vengador» anónimo, que hará el bien por hacerlo, en memoria de mi padre... Aquí ya no hay nada que vengar, y en cambio en todo el Oeste quedan muchos indeseables que suprimir. Seré su pesadilla, la sombra vengadora que les persiga hasta abatirles, y cuando crea cumplida mi misión, como un voto de gracias por haberme permitido el cielo vengar la muerte de mi padre, regresaré aquí, a ser un ciudadano pacífico, que entierre el revólver en un rincón por considerar que ya no es preciso emplearle, porque la Ley y la Justicia habrán imperado en toda la región.

Un silencio sepulcral acogió las manifestaciones de Sol, y éste, con la cabeza inclinada, abandonó la estancia saliendo fuera.

Magde, que le había seguido, le tomó del brazo temblando y se lo llevó a la galería. El sol inundaba la montaña y el valle de luz gloriosa, y la joven, con voz trémula, preguntó:

—¿No habrá nada que le haga desistir de ese terrible propósito?... ¿Nada que tire de usted atándole al valle?

El rehuyó su mirada, contestando con sorda voz:

—Por hoy, no; señorita Magde. He hecho ese juramento y lo cumpliré. Quizá un día vuelva y si llego a tiempo de encontrar algo que me retenga en el valle, una vez cumplida mi misión, me sentiré muy dichoso y seré el hombre más feliz de la tierra...

—¿Cuánto tiempo cree usted que tardará en cumplir su misión, esa misión tan terrible?

—No sé... Acaso un año... quizá dos... Dios sólo lo sabe. Tengo diecinueve... puedo esperar...

Ella estrechó su mano y, huyendo de él con paso acelerado, murmuró roja como una artemisa:

—¡Y yo también!... ¡Le esperaré!!

Aquella noche, mientras Sol galopaba por el valle camino de la montaña, Magde, bañada en lágrimas, de rodillas sobre el lecho, rezaba con voz rota:

—¡Oh Dios!... Tú no le puedes abandonar... Es bueno... Sé que me quiere... Yo le amo con toda mi alma... protégele como se merece para que un día... Yo te rezaré cada hora para que veles por su vida y si algún sacrificio debo hacer por él... ilumíname... pídemelo y... ofreceré por su vida la mía propia...



Artes Gráficas GRIJELMO, S. A.-Bilbao